

SOLIDARIDAD OUVRIERE

París, Mayo de 1956

★ Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★

Precio, 50 fr. - N° 580-29

LA ACTUAL POESIA ESPAÑOLA



En la generación poética que comenzó con el siglo en España escribió Ortega : « ¿ Qué han hecho... ? Cantar a Arlequín y a Pierrot, recortar lunitas de cartón sobre un cielo de tul, derretirse ante la perenne sonatina y la tenaz mandolinata ; en suma, reimitar lo peor de la tramoya romántica. No han sabido educarse sobre el pesimismo de su época y no alcanza su arte ni aún a ser pesimista ». En la poesía de Villaspesa podría centrarse simbólicamente el blanco de la diatriba orteguiana. La poesía era una permanente evasión de la realidad espiritual y social del momento. Los poetas vivían en falso, pensaban en falso, escribían en falso. Sólo en la novela y en el ensayo encontraba el dramatismo de época eco adecuado. La llamada generación del 98 inauguraba entonces sus armas

demoledoras. Sólo en 1903 habían aparecido las primeras poesías de Antonio Machado. El y Juan Ramón Jiménez iban a destacarse más tarde sobre el anodino panorama poético español con carácter de permanencia. Fueron los primeros en iniciar un movimiento de autenticidad en la poesía. Antonio Machado, estrechamente emparentado con los escritores del 98, introduce en su temática la angustia del vivir español. Con él se hacen verdaderos el paisaje y el alma. Juan Ramón Jiménez abre una ancha vía hacia un lirismo definitivamente liberado del romanticismo barroco.

HACIA 1920 cambia el panorama de la poesía española. Es notable la irrupción de jóvenes poetas que aportan a la lírica una nota viva. Para entonces, Antonio Machado y Juan Ramón ya se han consagrado. Pero sueñan nombres nuevos : Alberti, Alexandre, García Lorca, Salinas, Guillén, Cernuda, Emilio Prados, Altolaguirre... Los « Versos y Oraciones del Caminante », de León Felipe, son todavía lectura para muy pocos, pero ya están publicados. La de todos los demás es una poesía lírica por encima de cualquier otra consideración. Una poesía de jóvenes, llena de vida. Responde a un clima social que evoluciona rápidamente. La República está cerca, hay efervescencia en los medios obreros, inquietud en las cátedras, agitación entre los estudiantes. La nueva generación poética, en su mayoría, está situada a la izquierda en el panorama político español. Pero su poesía no es política. La llamada poesía social habrá que buscarla en ese período en otro lado que en las revistas de poesía. En los semanarios obreros o de partido. Los nombres de estos poetas que se han perdido. Plá y Beltrán, que ahora está en Méjico ; Miguel Alejandro (sin referencias) ; César M. Arconada, traductor de español en Moscú. Poesía de circunstancias, pasajera, la suya.

La obra total, antológica, de la promoción poética que reseñamos se destaca por su vitalidad, por su seguridad, por su confianza en el futuro. En el plano lírico responde a la misma fe, al mismo entusiasmo que impregna las capas sociales evolucionadas del país. Es una poesía augural, unida en su diversidad de tonos por una realidad nacional vivida en común. Ya no hay cipreses ni torres de marfil. Hay pensamiento, paisaje, espíritu, problemas. Las revistas traducen magníficamente esa situación. Son vivaces en su forma, provocadoras en sus títulos. El mundo viene a ellas en constantes traducciones. Las más notables — « Revista de Occidente » y

« Cruz y Raya » — estimulan sin retaceos a esta promoción salvadora. Por esas dos grandes puertas debía irrumpir un poco más tarde el prodigioso Miguel Hernández apenas llegado a Madrid. La proclamación de la República creó indudablemente nuevos alicientes en tan importante grupo intelectual, a pesar de los errores políticos en que fueron incurriendo sistemáticamente los gobernantes republicanos. La poesía de esa generación conoció entre los años 1931 y 1936 — año de la sublevación franquista — su punto culminante, una vez más, torcieron el rumbo de las cosas.

La guerra civil marcó el colapso de la actividad lírica. Del grupo de poetas reseñados, unos intervinieron decididamente en la contienda, otros desde sus puestos en el extranjero. En su mayoría quedaron fieles a la causa republicana y compartieron sus avatares. García Lorca, excepcional poeta, fué fusilado en Granada por los franquistas. Con él se extinguió una de las voces más originales de aque-

lla generación. Los otros se agrupan en torno a publicaciones de guerra o a la revista HORA DE ESPAÑA, que dirigiera el gran Antonio Machado. Mes a mes dicha publicación va dando los poemas de la guerra — Emilio Prados, Altolaguirre, Juan-Gil-Albert, Pedro Garfías, Rafael Alberti, Miguel Hernández — tan joven — irrumpe con fuerza torrencial. Había publicado ya EL RAYO QUE NO CESA, pero sus romances y poemas de la guerra tienen una fuerza avasalladora. En seguida es-

tá en la primera fila. En 1937 sale su segundo libro : VIENTO DEL PUEBLO, impresionante antología de poeta soldado. Después, casi al terminar la guerra, el tercero : EL HOMBRE ACECHA, donde se afirma su gran calidad. El tiempo ha confirmado la obra maravillosa de este poeta, que conoció la derrota del Ejército republicano y las cárceles de Franco, en una de las cuales vino a morir ignominiosamente en 1942.

La derrota trajo la dispersión, el exodo, la muerte. Apenas terminada la guerra muere en Francia Antonio Machado, patriarca de la poesía española, hombre bueno, siempre fiel a la causa popular. En España queda sólo Alexandre entre los más renombrados. Los demás se dispersan por América, Francia, Inglaterra. Desde la bruma de Londres Cernuda se lamentará constantemente por el sur. Entre las últimas poesías de Moreno Villa estará su CARTA DE UN DESTERRADO, en la que sólo pide el envío de « un pedacito de río », de uno de los ríos familiares de su España. También este poeta había de morir desterrado en Méjico. León Felipe debía encontrar en la guerra y en el exodo su terrible acento bíblico. « LA INSIGNIA » es el poema representativo de su vivir durante la guerra ; « EL HACHA » el poema del destierro y la destrucción. Todos los supervivientes de la tragedia vuelven a encontrarse unidos en una común desesperación, en una misma nostalgia.

Lo que distingue a la poesía española en el destierro es su desesperada nostalgia, la vivencia indestructible de su españolidad. Sus raíces están en una especie de paraíso perdido, que es España. El ardor juvenil se ha extinguido. El mismo Moreno Villa escribe :

● Pasa a la página 11 ●

BENITO MILLA



EN ESTE NUMERO

Geógrafos, navegantes y exploradores españoles, por Juan de Oyarzabal ; Un gran poeta italiano, por J. de Losa ; Milly Witkif-Rocker, por Rodolfo Rocker ; Iberos e Indoeuropeos, por Fabián Moro ; Las Ciencias Naturales en la Península, por Enrique Rioja ; Renán y Unamuno, por J. Chicharro de León ; Memoria del viento, por Sergio Romero, etc.

MEMORIA DEL VIENTO



L mar resuena con profundo latido entre ráfaga y ráfaga. A veces un remolino de arena sube hasta el techo y lo recorre con áspero zigzag. Las maderas de la barraca crujen a cada embate y por los intersticios se mete el viento delgado y cortante, que silba como una lengua venenosa. Puertas y ventanas están cerradas en la barraca. La única luz, pobre y fría, es la que se cuela por las ranuras de las tablas mal juntadas. Nadie está de pie. Hace frío. Se conversa de catre a catre, metidos sin desnudar entre las mantas. Las pulgas hacen su agosto. La playa está llena, las barracas están llenas de esos animalitos. Su voracidad es extraordinaria. Debe haber millones y millones saltando sin reposo de un cuerpo a otro, de un grano de arena a otro grano de arena. En las horas de sol, a los costados de las barracas, saltan por miles, como arena hirviente. Nadie podrá acabar nunca con ellas.

Lázaro está absorto, pero en sus ojos abiertos frente a mí adivino temor. Le hablo :

— ¿ En qué piensas ?

El fondo de sus ojos cambia rápidamente al oírme.

— En que este viento nos volverá locos.

Me río, no sin esfuerzo, pues hay demasiada seriedad en su tono de voz, y contesto :

— Ya lo estamos un poco. ¿ Por qué crees que nos han encerrado aquí ? Pues por chiflados. Somos la gente más loca de Europa. Todos los demás discuten, parlamentan, siempre ceden algo al final y viven como cerdos.

Ya no hay risa cuando pronuncio las últimas palabras. Lázaro me mira con asombro fingido. Contesta con sorna :

— Y nosotros, ¿ me quieres decir cómo vivimos ? ¿ Como personas ?

Su voz se hace más dura.

— Se acabó España y nosotros con ella. Te digo que no salimos más de aquí. Nos vamos a quedar solos con este viento maldito. ¿ Qué porvenir ! Ya lo irás viendo más adelante...

Ha dicho lo último con desesperación. Como él pensamos todos muchas horas del día. No sabemos lo que va a pasar porque la confusión de noticias es enorme en el campo de concentración. La verdad de cada día es que la gente enferma, se muere, come mal, coge fiebres, diarreas, sin que nadie les diga algo sobre el mañana. El mañana ha dejado de existir aquí, y el hoy no vale la pena. Por eso todos caemos a ratos en la misma desesperación de Lázaro. Sin embargo, me creo en la obligación de objetarle :

— Saldremos de aquí en cuanto empiecen los tiros. ¿ Me oyes ?

Sé que me oye, aunque no me mira ni para hacerme caso. Pero prosigo :

— Los tiros, que ya me parece oírlos, aunque estos franceses se sigan riendo como si el mundo fuese una balsa de aceite y como si a Hitler pudieran arreglarlo con agua bendita.

Lázaro se ríe ahora.

— Déjate de cuentos. Estos no han peleado antes y tampoco pelearán después. ¿ No vistes aquellos tipos panzudos y coloradotes que nos miraban pasar por la carretera de Banyuls ? Lo menos que querían era vernos el rabo, como al diablo.

Corta perentoriamente.

— No irán a la guerra, y harán bien. Me incorporo un poco para mirarle mejor.

— ¡ Hombre ! No parece, oyéndote, que sea España lo que se ha acabado, sino tú. Los arrepentidos siempre fastidian. Cuando las cosas les salen mal se arrepienten de haberlas hecho. Son como los malos jugadores : no saben perder.

Sin estar íntimamente convencido de ello, termino :

— A los franceses no les va a pasar como a nosotros. Irán a la guerra aunque no quieran, porque los nazis les obligarán. A Hitler ya no hay quien lo pare.

Me arrepiento de la última frase, pero la dejo sin ninguna reticencia.

Lázaro se aferra a ella con alegría. Tú lo has dicho, hombre. No hay quien lo pare. No lo quieren parar. ¿ Y sabes lo que harán los alemanes cuando se manduquen a Francia ? Devolvemos a Franco para que nos escarmiente.

— Como Pitonisa, das grima. Lo único que saco en claro escuchándote es que, de cualquier manera que se produzcan los acontecimientos, no tenemos salvación.

Hay una delectación de pedante en la respuesta.

— Eso mismo.

— Pues te regalo tu bola de cristal. Ya hablará el tiempo.

— Por ahora es el viento el que ha-

bla. No habla, ulula, que es peor. ¿ No te das cuenta que nos han metido aquí exprofeso para que meditemos a fondo sobre el significado de nuestra locura, de nuestro quijotismo, que a ti aún te dura ?

Es verdad que el viento está arremetiendo con intenciones siniestras contra la barraca. El papel clavado sobre una grieta a cincuenta centímetros de mi cabeza se hincha a cada ramalazo. De un estante, hacia el lado de la puerta, se ha caído un plato de lata que rueda un momento y hace que algunos cuerpos se muevan bajo las mantas, cambiando de postura. Pero sigue el silencio, cortado por los silbidos intermitentes del viento, algunos de los cuales atraviesan la barraca como discos vertiginosos.

Lázaro sigue, como si hablara consigo mismo, olvidándose.



1939 : Aspecto de un campo de refugiados en el Mediodía francés.

— Románticos... Ese inglés del Almirantazgo que ha dicho que toda la sangre de España no vale la vida de un marino inglés, no habló por Inglaterra solamente. Los otros no lo dicen, pero piensan igual. A nadie le importa la sangre de España...

Se acuesta panza arriba, con la mirada en el techo, siguiendo su discurso mentalmente.

Le interrumpo :

— No nos interesa a nosotros. No es culpa de ellos que nosotros no seamos ingleses. Pero para nosotros es una suerte.

He puesto cierta violencia involuntaria en la última frase, que hace que Lázaro torne la cabeza hacia mí y me diga con desprecio :

— Ahora también el españolismo...

— ¿ Qué quieres ? Entre estos franceses tan gordos y esos ingleses tan helados, me quedo con mi mezcía bereber. Ni la flema ni la gordura valen lo que la dignidad. La dignidad es nuestra. ¿ Te ríes ?

— ¡ Tonterías ! La dignidad y el orgullo siempre son fáciles de confundir. Ahora me vienes con el cuento de los super-hombres.

Me exaspera la respuesta.

— No. Hombres solamente. Lo de Nietzsche déjaselo a sus paisanos los nazis. Esos han caído en la soberbia. La soberbia no es una virtud de hombres.

Un ramalazo de viento ha despegado

parte del papel que tapa la grieta y algunos granos de arena vienen hasta mi cara. Cierro los ojos. Lázaro sigue :

— ¡ Cháchara pura ! Quédate con tu optimismo y escucha el viento, a ver si te baja el entusiasmo. A mí es el viento lo que me preocupa en este momento. ¡ Oyelo !

Silba una ráfaga, que recorre la barraca como un trallazo.

Creo que ambos sentimos que la conversación no nos conviene, que todo cuanto nos digamos carece de sentido, que las decisiones no nos pertenecen en absoluto y que nuestro destino es una pura incógnita. Trato de llevar la conversación hacia otro lado.

— Ahora quieres convencerme de que el viento es un fenómeno de esta playa. Ojalá soplara a cien kilómetros por hora y se llevara toda la mierda que infecta la arena. Hay días que no se puede dar un paso. Y no te digo nada, con el sol...

Lázaro acota, siempre mordaz :

— Creía que eran los franceses los que viven como cerdos...

— Sí, como cerdos, pero en sentido figurado, aunque se bañen todos los días.

— Ya lo creo, que se bañan. Y no tie-

ne, y altísimo, como es el cielo de España, y la luz que se filtraba a través de ellas era fresca y alegre. Resplandecía. No se podía pensar en la guerra, ni en el sindicato, ni en nada parecido. Sólo en formas suaves, abstractas, limpias como las piedras del río. Recuerdo que cuando me iba de allí sentía una gran paz en el espíritu y no recordaba nada concretamente. Algo así como si las figuras que describían las hojas de los olmos en mi mente las borrara el viento de inmediato con sus anchas ráfagas. Así era ; pero en el espíritu me llevaba una gran sensación de salud. Me sentía verdaderamente como era : joven. Ya sabes lo que es eso, sentirse joven. Estar en disposición para cualquier cosa noble.

En la voz de Lázaro, que pregunta, ya no hay ironía.

— ¿ Cuántos años tenías ?

— Diez y seis. Mi madre decía que era un chiquillo.

— Ahora tienes veintiuno y hablas como si tuvieras cuarenta.

Sé que tiene razón. Si tuviera un espejo grande podría ver lo que los últimos cinco años han hecho en mi rostro. No debe ser agradable. Pero por dentro...

— Ya sé. Los tres últimos han contado por diez cada uno. Era un vértigo de días, de semanas, de meses. Lo peor de la guerra, hasta de la nuestra, es lo que devora por dentro, lo que derrumba a cada instante.

Añado lastimosamente :

— No sé si podré oír nunca más el viento de aquella manera, echado bajo los olmos, cerca del agua. Creo que no. Ahora es otra cosa.

Lázaro sigue, como con mis propias palabras :

— Ahora es como yo. ¿ Por qué no lo declaras ? Tienes miedo de que este viento de la playa se te meta, como a mí, no en los oídos, sino en el alma. Por eso sigues recordando el viento entre los olmos. ¿ Quieres saber dónde empecé yo a escuchar el viento, a sentirlo en los huesos, a comprender su significado ?

La manera en que pronuncia estas palabras hace que me prepare a una nueva explosión de ira, de dolor de la parte de Lázaro. Hay una amargura en su alma que no sé si podrá curarse nunca. Algo chirría dentro de él, como la arena seca sobre las tablas. Algo, realmente, se ha secado en el alma de Lázaro.

No espera mi aquiescencia para seguir :

Fué en Aragón, en la dura tierra que aquellos hombres indestructibles cultivaban un año y otro año sin que apenas les devuelva nada de las fatigas que le dedican. Fué una noche en un pueblo de los Monegros, cuando nos relevaron del frente por unos pocos días. Aquel pueblo no era como el tuyo. Un puñado de casas, un amasijo de barro y tejas. Tres o cuatro callejuelas con el piso de tierra que iban a parar a los pajares. Llegamos casi de noche. Aún ardían algunos restos de sol tras unas colinas bajas y peladas. En la casa que teníamos destinada comimos sopa de tomillo y unas rebanadas de pan untadas con aceite y ajo. Sólo ardían un par de candiles y un montón de brasas en la chimenea.

Las pausas de Lázaro le devuelven a una lejanía lastimosa. Sigue sufriendo mientras recuerda. Sufrirá siempre. Le dejo que siga.

— La mujer y una hija pequeña se fueron a dormir. Yo me tumbé en un banco largo, cerca del fuego, sobre el que habían extendido unas pieles de oveja. Frente al hogar se sentó el dueño de la casa, un pastor que apenas si abría la boca para saludar. De pronto, el viento se levantó afuera y empezó a gemir en la chimenea como un animal herido. Fué horrible lo que se me ocurrió entonces. Sí, aunque te parezca mentira, ya « vi » todo esto : el destierro, la derrota. Me quedé tan ensimismado que el pastor creyó que me había dormido con los ojos abiertos y estaba medio asustado. ¿ Te explicas ahora por qué este viento me enferma ? Siempre me recuerda aquella noche. Es terrible.

● Pasa a la página 14 ●

ARTE Y ARTISTAS

MICHEL TAPIE

TAPIE es hoy una de las figuras más interesantes de la pintura francesa. Predestinado por su parentesco con el gran Lautrec, Tapié, que en sus mocedades cultivó la música y figuró, en los albores del existencialismo, entre los

ta, etc. Y esto, intuitivo e inteligente, Tapié lo capta en toda obra nueva que, inapreciable para los contemporáneos, representa una anticipación e inexorablemente tiende a situarse. Es decir, que fuera del tiempo, descifra admirablemente estas obras mediante una estética particular, la cual, por personal, no dejará de ser un día el pan cotidiano de todo crítico de arte.

Mañana, sin duda, al escribir del arte de la época que estamos viviendo, el nombre de Tapié, lejos de ser olvidado, tiene que ocupar una plaza meritoria por su fecundo trabajo de exploración, sus experiencias, sus hallazgos y sus teorías. Ahí están detrás de él una serie de nombres, de galerías y de artistas que dicen lo suyo en

cuanto a la continuidad y perseverancia del hombre entregado a la imprecisa tarea de establecer una concepción del arte más libre, más sincera y más humana. Drouant-Fachetti, Rive droite, Stadler, Art brut, Miguel Hernández, Antonio Tapiés, Tobey, Wols, Fautrier, Mathieu, Riopelle, Salles, Delahaye, etc. son hoy nombres bien conocidos en Francia y algunos de ellos famosos internacionalmente, con obras en distintos museos de Europa y América, en las galerías de cierta importancia y en manos de los más conocidos coleccionistas. Pues bien: esos nombres deben, en buena parte, a la comprensión y clarividencia de Tapié, el haber salido del anonimato. Mas, para conocer el criterio de Tapié, veamos lo que él mismo escribe. — G. T.



Delahaye

Michel Tapié, visto por Delahaye.

animadores de la « Rosa Roja », abandona, a raíz de la liberación, el pentágono y se entrega por completo a la pintura para explorar, descubrir e imponer un arte — a menudo calificado de caótico, incomprensible y absurdo — que, en realidad, sigue la ley imperativa del tiempo con los mismos errores e incomprensiones de la aventura impresionista, cubis-

LO importante en el arte actual es la estética totalmente diferente de las antiguas concepciones. Existen numerosas obras elaboradas en el entusiasmo épico de estos diez últimos años, y algunas más si tenemos en cuenta las lejanas investigaciones aisladas, pero proféticas, de Marc Tobey y de Jean Fautrier. Ya he señalado la existencia fenomenológica de estas obras en un ensayo titulado por cierto *Un arte autre*, y me propongo ahora estudiar más ceñidamente este arte, es decir, en su valor intrínseco, sin referencias ni comparaciones con lo que ha existido magistralmente, pero que se ha convertido en material de museo y no ya de aventura.

Creo, sin embargo, que tenemos una cantidad suficiente de obras nuevas para que, por ejemplo, con la velocidad actual de toda evolución, aparezca el peligro de la obra trivial, o sea academicista de la peor especie: el testimonio de individuos que tomaron como punto de partida la nada resultante de la fecunda destrucción nietzscheana y fueron representantes de una vivaz anarquía cuyo valor real suscita la increíble paradoja de lo que podría llamarse *academicismo de la anarquía*. Para salvaguardar las posibilidades de

la siempre creadora anarquía en cuantos aspectos puede y debe ésta proseguir su tonicidad fecunda, ha llegado el momento de proponer una especie de jerarquía, quiero decir una *estética*. A arte distinto correspondiente estética distinta, y no me han faltado ocasiones de com-

probar la necesidad de elaborar esta nueva estética, empezando por los actuales aficionados, los más entusiastas. No pocas veces he escuchado a coleccionistas, gentes de museo, o simplemente artistas opinar sobre las obras de otros artistas, viendo que, después de haber profundamente sentido, con un instinto certero, intentaban humanamente explicar sus impresiones, utilizando acrobáticamente juicios estéticos caducos, en los cuales, no obstante, se fundaban sus razones para desechas las obras aludidas. Quiero esto decir que existe una falsa orientación, una categoría de problemas mal solucionados, los cuales constituyen otros tantos frenos u obstáculos que demoran la adhesión total, la sola actitud concebible entre la obra y el aficionado.

Esta falsa orientación se trata, en fin, de poner en evidencia, destruir y sobrepasar, proponiendo las bases de una estética en concordancia con nuestra hora, es decir, con obras auténticamente actuales y, a la vez, con nuevos conceptos, con nuevas nociones científicas y filosóficas que, desde hace cien años, han evolucionado y no poco. La estética no es valedera fenomenológicamente más que a posteriori, no solamente en relación con las obras sino también con el conjunto de nociones nuevas, o sea de las numerosas nociones que intervienen hoy en la propia cuestión estética.

Estética distinta significa, lidad, de una aleación de extrema audacia e implacable rigor.

Es necesario, insisto, observar atentamente, tanto en las obras que se elaboran como en las nuevas nociones que ganan la partida, la transición de lo estático a lo dinámico, de lo geométrico cuantitativo a lo topológico, de lo mensurable infinitesimalmente a lo transnitivo, de la noción armoniosa de belleza clásica a la de la de-

lirante necesidad lógicopsíquica, la edificación de un universo contradictorio donde yuxtaponen lo discontinuo cuantitativo y lo continuo cualitativo. Los artistas auténticos han franqueado la barrera de otro mundo, un mundo que aún no ha cambiado de potencia y no ha basado su conducta en el mejoramiento o anarquización de un sistema, sino solamente diferenciándolo, enriqueciéndolo con su sola disponibilidad permanente y total. Las obras realizadas bajo el nuevo prisma sólo serán de explicación explícita con una nueva estética, determinando, en resumidas cuentas, una ética nueva y, como consecuencia, un nuevo lenguaje. Lógicos, psicólogos, biólogos, microfísicos, matemáticos y hasta, en lo que cabe, estetas, tienen la palabra. Quizá con su intervención será posible prever, también, una nueva Crítica del Arte.

Esta aventura sin rodeos parece terriblemente inhumana pero, sin embargo, alejada del compromiso que caracteriza la estrella de los mediocres, se presenta auténticamente sugestiva para cuantos hayan afrontado fácilmente la realidad presente.

OTRA ESTETICA

por MICHEL TAPIE



Prado: Toro de lidia (Galería Coard, París).



Ballet de América latina, presentado en el Teatro Marigny



Crepúsculo, una fotografía de Dimitros Harisslades.

Galería Monique de Groot
20, Av. Kleber, París XVI

PELAYO

Premio Othon Friesz 1955
del 4 al 22 de mayo.

RENÁN Y UNAMUNO

En su conjunto, las ideas de Renán no satisfacen a Unamuno. No pueden satisfacerle. Nuestro autor, tan individualista como apasionado, no puede aguantar el escepticismo de Renán. De aquí su hostilidad incesante hacia el autor francés.

Recuerdo que en mis años mozos, cuando el señor Láinez Alcalá, profesor de la Universidad Central de Madrid, nos leía en clase de Historia del Arte *La creación en la Acrópolis* de Renán, todos los estudiantes nos sentíamos conmovidos y como sobrecogidos. Hoy, al repasar en mi memoria tal hecho, me pregunto: ¿eran las palabras de Renán las que nos conmovían o la emoción que el maestro ponía en la lectura? Me inclino a lo segundo. Veces hay en que un escrito huero, falto de ideas hondas, pero rico en sonoridades, puede producir efecto más vigoroso que un trozo en que las ideas hondas se envuelven en un lenguaje duro y áspero al oído.

Digo esto porque la lectura de ciertos párrafos de *En torno al Casticismo*, duros como el pedernal, no obstante la bondad de las ideas, no producirán jamás efecto semejante al que sugieren las páginas de Renán.

¿Ha creado algo Renán en sentido religioso? No; el autor francés se ha paseado por los dudosos senderos de la vida y ha llegado a la muerte con el corazón vacío de satisfacción. El vacío la religión no lo pudo llenar con nada y la ciencia, como dice el *Eclesiastés*, fué para él dolor, hastío y aflicción de espíritu.

En esas condiciones no es posible armonizar temperamentos tan dispares como el de Unamuno y Renán. El escritor vasco, aunque dudara, llevaba en sí mismo un germen de agonía que le impulsaba a no darse por vencido, a llegar a lo inaccesible y a repudiar el eterno *ignorabimus*. (1) No se resigna a morir, por lo menos a morir del todo. De aquí su lucha, su agonía incesante.

Renán es escéptico, enemigo del que cree, si así puede decirse. Por eso, al hablar de San Pablo en sus *Origines du Christianisme*, no puede perdonarle su fe profunda e inmutable. Dice Unamuno:

« Ernesto Renán, se encontró con la fuerte y recia personalidad de San Pablo, el gran fanático, el poseído de su Cristo, el que decía que no vivía en él, sino Cristo en él (*Gálatas*, II, 20)... y Renán, el investigador, el que jugaba con las ideas todas, tropezó con esa idea encarnada, que fué San Pablo, y le dedicó toda una obra, no exenta de malevolencia » (*De esto y aquello*, II, 281).

Este ataque unamuniano contra Renán, su antítesis en todo, llena el capítulo titulado *El fanático y el escéptico* (*De esto y aquello*, III, 280 y siguientes).

¿Quién de los dos tiene razón? Ambos, sin duda alguna. Renán no es absurdo al hablar como escéptico. Tampoco lo es Unamuno al admitir que el fanatismo de San Pablo, es decir, su creencia inquebrantable en Cristo, era algo incomprensible para Renán o, a lo menos, algo inadmisible para su razón. Por eso, el autor vasco puede concluir:

« Renán, el escéptico, poseía ideas, y destruye, disuelve las nuestras, y San Pablo, el fanático, estaba poseído de una idea, y crea y robustece ideas en nosotros. Sólo que a las veces, nos hace tanta falta que nos destruyan ideas como que nos las creen » (*Ibidem*, 284).

No hay que creer que el autor vasco sea insensible a la altura intelectual en que se cierne el autor francés. Renán no es un espíritu mediocre. Lejos de eso, Unamuno nos lo dirá:

« Ernesto Renán ha aportado a la formación de la conciencia civil y nacional de la conciencia política de la República francesa, mucho más, muchísimo más, que la mayoría de los diputados y senadores franceses que más hayan vociferado en una y otra Cámara » (*Ibidem*, 293).

Sabemos que *L'Avenir de la Science*, de Renán, especie de apología del género humano, obra no desprovista de atisbos de genio, aunque la escribió « bajo la impresión que le produjo el estallido revolucionario de 1848 », muestra que en Francia, a pesar de la fama, no existe nada « más democrático, más profundamente democrático, que el llamado



RAS breve alusión a los hermanos Goncourt, Edmond (1822-1896) y Jules (1830-1870) de quienes no desdena algunas de sus novelas (*Contra esto y aquello*, 18) pasa Unamuno a hablar de Renán (1823-1892) con el que casi nunca está de acuerdo, es decir, que no puede entenderse con él.

El hegeliano Renán, brillante en sus escritos políticos, no hay que creer que carece de genio. Si es cierto que, en general, se deja guiar por las luces de la razón, hay no pocas ocasiones en que sabe elevarse a alturas insospechadas. Nos atrevemos a afirmar que su juicio es más independiente, más sutil que el de Taine, de quien en otra ocasión hablaremos.

por J. CHICHARRO DE LEON

aristocratismo de Renán » (*De esto y aquello*, III, 293).

Admite Unamuno la aportación renaniana a la ciencia de su siglo, pero no puede soportar su *cientifismo* ni su « fe en la eficacia de la competencia técnica » (*Ibidem*, 293), y duda del « sentido verdaderamente democrático de Renán » y añade, citando al propio francés:

« El sufragio de un pueblo no ilustrado no puede traer más que la demagogia o la aristocracia nobiliaria, pero jamás el gobierno de la razón » (*Ibidem*, 294).

Unamuno, que se complace en repetir, añade en seguida:

« Pues bien: entre Renán, que trabajó tanto como el que más por la educación civil y laica, política, de su pueblo, creía que el pensador, el filósofo, el poeta deben, si ocuparse en la dirección general de los negocios de su país, pero que el sabio especialista se deje meter en el campo de la política activa acusa, de su parte, « la pequeñez de alma de un hombre que jamás ha comprendido la nobleza de la ciencia » (*Ibidem*, 294).

Creo que Renán verra en parte, así como también el apasionado Unamuno. El sabio y el profesor, si no estamos en error, así como el intelectual puro, son siempre entes inadaptables cuando de política se trata. La política, el gobierno de los pueblos exige no tanto conocimientos excelsos como prácticos, realidad que se desliza con frecuencia a ras de tierra, cosas éstas inconcebibles para los sabios que viven en la cima de la irrealdad práctica.

Si no hubiera otros casos, bastaría citar el de Unamuno mismo, como prueba incontrovertible de inadaptable política... Pero hay otros casos en España vivos y elocuentes. No citemos más que a Ortega y Gasset, a Pérez de Ayala, fundador de la *Agrupación al servi-*

cio de la República, siendo hostil al régimen republicano, y a Marañón, en última instancia, a Sánchez Román y al ilustre Azaña. ¿No fué este crítico agudo y concienzudo, prosista eminente y rencoroso sin pausa, caso típico de inadaptable al régimen democrático?

Si la política francesa de 1848, como dice Renán, era « una agitación sin principio ni ley; un combate de ambiciones rivales, un vasto teatro de cábalas y de luchas personales » (*Ibidem*, 295), ¿qué es la política mundial en nuestros días? ¿qué fué nuestra pobre República, tan maltratada por Unamuno mismo, después de haber contribuido tanto o más que nadie a establecerla en nuestro suelo? Este punto será esclarecido un día y fuerza es aclararlo. Unamuno concluye:

« El castigo de los mejores que desertan de la gobernación del pueblo es ser gobernados por los peores, decía Platón, y ello está muy bien, si, pero no implica que esos mejores se metan en el poder ejecutivo; basta a las veces que sepan ejercer bien el poder crítico, que es un poder poderosísimo cuando es ejercido con inteligencia y con valor » (*Ibidem*, 295).

Este es el papel que asumió Unamuno en el viejo tiempo. Su actitud política de última hora deja mucho que desear, por no decir que sólo deja que desear, ya que se explica mal.

No anda, sin embargo, desencaminado Unamuno al expresarse como lo hace. ¿Pero qué puede hacerse en sentido crítico cuando la fuerza que podría ejercer ese poder vive, es decir, vegeta amordazada y, en vez de hacer crítica constructiva, o canta las alabanzas del dictador que la aplasta o sólo expresa la voluntad del cacique político que la paga? No olvidemos que el caciquismo no ha muerto todavía en España.

Renán, digámoslo francamente, vió

claro en la política de su tiempo, que es semejante a la de hoy en ciertos aspectos, y que rige en no pocos países civilizados del globo. Se trata, en realidad, no tanto de política como de inestabilidad política.

En un artículo titulado *Mazzini y Renán*, (*Ibidem*, III, 302 a 307), expresa Unamuno la incomprensión de Renán ante el hombre de acción que fué Mazzini. Es verdad que el autor francés, no obstante su genio, tenía a la sazón 22 años. ¿Hay, como afirma Renán, incomprensión entre el hombre de acción y el intelectual? La hay, decimos nosotros, y no escasa, y esa incomprensión lleva consigo, en la mayoría de los casos, no poca desconfianza. ¿No existen partidos políticos y organizaciones sindicales que apenas cuentan con directores intelectuales porque los más desconfían, tal vez con razón, de ellos? El hecho es tan natural como inevitable. El hombre de acción, llegado el caso, da la cara y se enfrenta con el peligro. El intelectual, en general, cuando el riesgo se avecina, prevé la catástrofe y escurre el bulto. Las excepciones son, si no raras, al menos poco numerosas. Claro es que no tratamos de establecer — sería absurdo — una regla absoluta e invariable. Nos atrevemos, sin embargo, a afirmar que el intelectual, de espíritu más bien especulativo que práctico, llega a ser difícilmente hombre de acción. Unamuno, Azorín y Baroja son casos típicos, en su madurez, de falta de espíritu de acción. Son anarquistas intelectuales hechos con barro burgués.

Me extraña que Unamuno no esté de acuerdo con Renán en este punto concreto. Es posible que lo hubiera estado si el autor francés hubiera escrito sus obras entre 1933 y 1936.

Lo curioso es que Renán, « este Renán crítico y escéptico, este Renán de la duda dialéctica, no metódico, como la de Descartes, fué un hombre de acción, fué un luchador; y formidable! y un político ». (*De esto y aquello*, III, 305).

Pero Renán es todavía más: es el hombre de la duda, como ya observamos en este punto anda de consumo con Mazzini, pues también « el hombre de acción, el revolucionario casi por definición, dudó. ¿Y cómo dudó! » (*Ibidem*, 305). Los argumentos de Unamuno son aquí un tanto especiosos, pues no define ni dice, antes de proseguir su camino, lo que es para él un hombre de acción. Por eso, si se le pregunta, responderá:

« Los que me preguntéis alguna vez cuáles son mis soluciones como si yo fuere hombre de ellas, y acaso me pedís a mí, hombre de contradicción, un dogma cualquiera, ¿no reflexionaréis en esta aparente divergencia entre Mazzini y Renán, y no comprenderéis que puede uno llevar dentro de sí espíritu mazziniano y espíritu renaniano a la vez? » (*Ibidem*, 306).

Una vez más, Unamuno, con hábil maniobra de escritor consumado, se saldrá por la tangente y no dirá cual es su verdadera posición espiritual, esto es, dará su idea personal sin adoptar una posición determinada, que permita clasificarle por vías de claridad, en un escalón que facilite el estudio. ¿Qué difícil es ordenar las ideas que Unamuno mezcla y lanza a todo viento!

¿Qué decir de la fe de Renán si la tuvo? Unamuno le consagra ese largo y concienzudo artículo (*De esto y de aquello*, III, 311 a 315), con motivo de su centenario, titulado *La fe de Renán*. Ya hará lo mismo con Pascal, como queda indicado, a propósito del tercer centenario del gran pensador francés.

Establece el autor vasco un paralelismo entre ambos autores en extremo interesante, diciendo que están los dos « mucho más emparentados que pudiera creerse. Pascal, el del sollozo contenido que fué su vida, tomó por creencia las ganas de creer, y Renán, el de la sonrisa trágica, vivió de la añoranza de la fe de su niñez y mocedad » (*Ibidem*, 34).

¿Qué es, en suma, la fe de Renán para Unamuno? Esa fe existió, no cabe duda. No se trata de fe en la Divinidad, que quiso alcanzar Pascal, sino de « fe hecha de dudas, fe escéptica, fe viva, no muerta, fe dogmática, en la razón » (*Ibidem*, 312).

La duda de un espíritu fuerte puede convertirse en agonía, en tormento anímico, si no en obsesión. ¿Sufrió Renán en su eterno estado de duda? Na-

● Pasa a la página 14 ●



« Las bañistas », un óleo de Vlaminck.

(1) « Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y, en todo caso, quiero trepar a lo inaccesible » (*Mi religión y otros ensayos*, 10, Austral).

Las ciencias naturales EN LA PENINSULA

Las ciencias naturales tienen en la península ilustres cultivadores que realizan una labor de gran mérito en los distintos y muy variados campos de estas disciplinas.

La fauna de mamíferos y aves se conoce bastante bien a través de los libros de cetrería y montería como los de Don Juan Manuel y el de Pedro López de Ayala, y sobre todo el importantísimo, por su documentación y precisión descriptiva, de Gonzalo Argote de Molina, titulado *Libro de la Montería del Rey Alfonso XI de Castilla y León*. Alonso Martínez de Espinar, montero de Felipe IV, escribió el *Arte de la Ballestería* y Agustín Calvo Pinto, montero de caballo de Fernando VI, es autor de *Modo de cazar todo género de aves y animales*. Jerónimo Huerta y Diego de Funes tradujeron a Plinio y a Aristóteles y en sus escritos agregaron importantes observaciones acerca de los animales de la Península Ibérica.

Gabriel Alonso de Herrera prosigue con gallardía la ruta de Columela con su obra, que escribió a instancias del Cardenal Cisneros, titulada *Obra de Agricultura copilada de diversos autores* (1513), de la cual se hicieron diversas ediciones, siendo la más interesante la que en 1818 dió a luz la Sociedad Económica matritense, con notas y comentarios de Esteban Boutelou, Rojas Clemente y otros prestigiosos científicos de aquella época. En esa obra se consignan interesantes datos sobre la sexualidad de las plantas, tema recogido por otros hombres de ciencia española. Entre los que se distinguen en este campo de investigación botánica está en primer término Andrés Laguna, médico de Carlos V y del papa Julio III, al que debemos, además, una traducción española de Dioscórides, el haber descrito la válvula ileocecal y difundido los conocimientos botánicos en España.

Las ideas de Laguna acerca de la sexualidad de las plantas se adelantaron a su tiempo; reconoció el sexo en las plantas y la influencia del viento en la fructificación de ciertos vegetales por suponer que éste era el vehículo de la *fragancia del macho*, expresión en la que se presiente la polinización anemófila. Probablemente el insigne segoviano conoció la práctica de la polinización efectuada de un modo empírico en la palmera de dátiles por los cultivadores árabes.

No es ésta la única contribución de Laguna a la ciencia botánica. A su iniciativa se debió que Felipe II estableciera en Aranjuez un jardín botánico, el primero que funcionó en España después de la dominación árabe, y muy anterior a otros que fueron famosos en Europa, como el de París y Montpellier. Con este motivo, Felipe II ordenó la orga-

nización de una expedición que recogió plantas en Andalucía, destinadas al jardín recién establecido de Aranjuez. Ante este ejemplo, el valenciano Francisco Franco intentó establecer otro jardín botánico en Sevilla.

Una obra que requiere gran atención y merecería un estudio más profundo del que hasta ahora se ha hecho es la *Naturæ Historiæ* de Arias Montano, que está a la altura de los tratados clásicos

de Gesner, Aldrovando o Lonicer, y en muchos aspectos las supera por estar libre de los prejuicios y extrañas ideas de su tiempo, que tanto influyeron en muchos naturalistas contemporáneos suyos. Arias Montano habla con gran sentido y penetración acerca de las emigraciones de las aves, expone ideas muy justas sobre la clasificación zoológica y perfila algunos grupos naturales que persisten en las clasificaciones modernas.

Y no se crea que estas figuras están aisladas en el medio científico español, el padre Juan Eusebio Nieremberg mantiene el prestigio científico español en su *Historia Natural* y en su *Curiosa y oculta filosofía de las Maravillas de la Naturaleza*. Su descripción de la piedra imán y sus datos zoológicos están a la altura de los más notables naturalistas de su tiempo.

Las ideas de Herrera y Laguna acerca de la generación de las plantas encuentran eco en los naturalistas españo-

les que les siguieron; entre las aportaciones posteriores se pueden mencionar el *Nuevo discurso de la generación de las plantas, insectos, hombres y animales*, de García Hernández y el curioso poema de *Las Bodas de las Plantas*, muy de su época, obra póstuma del naturalista canario de finales del siglo XVIII, José Viera y Clavijo. Quizá la más interesante de todas las obras escritas sobre este tema en España, antes del siglo XIX, es la de Antonio Martí, de Altafulla, Tarragona, titulada *Experimentos y observaciones sobre los sexos y fecundación de las plantas*, publicada en 1791 por la Academia de Ciencias de Barcelona. A Martí se le deben, además, un exacto análisis del aire atmosférico, en el que rectifica algunos de los datos suministrados por Lavoisier, y numerosas observaciones biológicas que sirvieron a su autor para impugnar ciertos puntos de vista o afirmaciones de Spallanzani.

pañeros de estudio, fué el hilo de enlace por el cual las ideas del español pasaron a Padua y, a través de Fabricio de Aquapendente, llegaron a Harvey.

En el campo de la Anatomía merecen citarse a Pedro Ximeno, a quien se le atribuye el haber descrito el estribo, a Bernardino Montaña de Manserrate, que escribió el primer libro de Anatomía en castellano, *Libro de la Anatomía del Hombre...* (1551), a Martín Martínez, a Ruiz de Luzurriaga, al insigne Antonio de Gimbernat, cuya labor es merecedora de un trabajo más serio, Hervás y Panduro, etc.

Aunque sea de pasada, no queremos dejar de citar al menorquín Mateo Orfila, fundador de la toxicología y uno de los que más contribuyeron a que la medicina legal tuviese un serio fundamento científico. Sus enseñanzas desde la docta cátedra de la Sorbona y sus libros *Traité des Poisons tirés des Trois Règnes ou Toxicologie Générale* (1813), *Eléments de Chimie Médicale* (1817) y *Leçons de Médecine Légale* (1821) señalan una época en la historia de la Ciencia española, en general, y más particularmente en el de la Medicina.

En el siglo XVIII se inician una serie de trabajos monográficos que están a la altura de los que aparecen en otros países de Europa. Entre los naturalistas que siguen esta orientación debemos mencionar la austera figura de Ignacio Jordán Asso, que publica la primera ictiología de España y una documentada Introducción a la *Historia natural del Reino de Aragón* y el primer tratado histórico sobre los naturalistas españoles; en este aspecto no se pueden olvidar el *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, de Viera y Clavijo, ni su poema los *Aires fijos*, ni las obras de Gaspar Casal sobre Asturias, las de Martín Sarmiento sobre Galicia, las de Campserver y las de Aymerich sobre Cataluña, la de Orellana sobre los peces de Valencia y las aves de la Albufera, ambas en valenciano, la de Ramis sobre Menorca, la de Cabrera sobre Andalucía, la de Cornide y Saavedra sobre los peces y otras producciones marinas de Galicia, la de Rojas Clemente sobre Granada y acerca de ornitología.

De propio intento hemos querido señalar aparte el florecimiento de la botánica española durante el siglo XVIII. Ya en el siglo XVII, durante los viajes que Clusius efectuó por España, encontró muchos cultivadores de la ciencia de las plantas, algunos de los cuales fueron compañeros de exploración o corresponsales, como Zamorano, Tovar, Plaza, el ya citado Arias Montano, Castañeda y otros. Este ambiente favorable fué, sin duda, el que permitió que la botánica alcanzase tan alto nivel en España en el siglo siguiente.

Los Salvador, padre e hijos, insigne botánicos catalanes, mantuvieron constantes relaciones con Tournefort y Jussieu, a quienes acompañaron en sus herborizaciones. A ellos se debió el establecimiento del Jardín Botánico de San Juan de Espi, que funcionó cerca de Barcelona. Catalán también fué Miñuart, que continúa la labor de los Salvador y estableció relaciones científicas, muy frecuentes, con Loeffling durante el viaje de éste a España. Con la escuela de Montpellier estuvo en relación constante Miguel Bernades, médico de Carlos III.

Entre todos estos botánicos destacan como figuras de primera fila, José Quer, el primer director del Jardín Botánico de Madrid, establecido por Carlos III en el Huerto o Soto de Migas Calientes, y autor de la *Flora Española*, que continuó Gómez Ortega, a cuya iniciativa en interés se debe que el jardín de Migas Calientes fuese trasladado al lugar que actualmente ocupa en el Paseo del Prado, y cuya dirección llevó con singular acierto. Gracias al esfuerzo y entusiasmo de Quer y Gómez Ortega, el Jardín Botánico de Madrid llegó a ser uno de los primeros de Europa y un importante centro de investigaciones científicas sobre la ciencia de las plantas, donde se formaron muchos de los botá-

por ENRIQUE RIOJA

En el siglo XVII no se puede menos de mencionar a Alfonso Barba, insigne metalurgista, autor del famoso *Arte de los metales* (1640), que fué traducido repetidas veces a todos los grandes idiomas europeos. Sus observaciones mineralógicas y mineras, hechas con motivo del mayor beneficio de los yacimientos metálicos, son de gran interés; Ramos de Valdarrago escribe *De la generación de los metales y sus compuestos* (1662), Cristino Herrgen sobre las rocas y los minerales de España, y Sánchez de Cisneros unos curiosos *Elementos sublimes de la geografía física*.

Entre los de carácter general más interesantes del siglo XVIII está el *Aparato para la Historia Natural Española* (1754) de José Torrubia, que mereció ser traducido al alemán, obra en la que se consignan importantes datos sobre los fósiles de diversos terrenos del suelo español. De carácter enciclopédico es la labor del Padre Feijóo, el análisis de la cual merece mayor extensión de la que disponemos. En el *Teatro Crítico* se consignan y recogen infinidad de ideas y conceptos sobre ciencias naturales. Desde el ángulo de la biología ha sido objeto de un interesante estudio de Marañón. Su interpretación geológica acerca de los movimientos de la corteza terrestre en la vertical se adelantó a su tiempo. A su sagacidad y fino espíritu de observador se debe el que registrase estos movimientos, tierra adentro, hecho casi único, y que en la inmensa mayoría de los casos se han señalado en la costa, donde es fácil su demostración; sus ideas sobre las revoluciones del globo sorprenden por su originalidad y sentido moderno. Su vastísima erudición y su gran inteligencia le permitieron abordar los más diversos temas. Feijóo contribuyó no poco a la acertada reforma de los estudios médicos.

En el terreno de la Anatomía y de la Fisiología sobresale la inquieta personalidad de Miguel Servet, quien tiene claras ideas acerca de la circulación de la sangre, especialmente de la circulación pulmonar. En su *Christianismi restitutio* (1553) dice que la sangre arterial se produce en los pulmones, por la mezcla del aire inspirado con la sangre que viene del ventrículo derecho, y más adelante habla de cómo pasa la sangre del ventrículo derecho al izquierdo, y escribe: « Pero esta comunicación se hace, no por la pared media del corazón, como se cree vulgarmente, sino que la sangre sutil es trasgada por un magno artificio desde el ventrículo derecho del corazón, llevada largo trecho por los pulmones, preparada por los pulmones, hecha roja clara, y transportada de la vena arteriosa a la arteria venosa... y finalmente por la diástole es atraída al ventrículo izquierdo ».

Quién sabe si la amistad de Servet y Vesalio en París, mientras fueron com-

• Pasa a la página 15 •



La escena

L'homme, la bête et la vertu

Obra en tres actos de Luigi Pirandello. — Adaptación de Louise Servicen y Max Maurey. — Dirección escénica de André Villiers. — Intérpretes: Gilbert Gil, Alexandre Rignault, Rosine Luguet, Claude Richard, etc. — « Théâtre en Rond de Paris ».

DESDE mi primer contacto con el « redondo » tengo la convicción de que las exigencias de convivencia del público con los actores implican la creación de un clima peculiar cuyo fundamento debe buscarse, tanto o más que en las propias entrañas de la obra, en el estilo de la misma. La adaptación teatral, que acostumbra a ser una operación aventurada al alcance de cualquier inepto, exige en el teatro en redondo una visión menos personal que si se tratase de la escena clásica y más en consonancia con la estructura esencial para que el diálogo actor-público pueda llevarse a cabo.

Aunque el segundo de los interlocutores, valga la paradoja, no habla, y sus intervenciones, risas, etc., se suponen inexistentes, no por ello puede prescindirse de tal diálogo, que es el fundamento mismo del teatro circular. El público debe ser personaje silencioso en la comedia o en el drama representado por los actores. La proximidad entre uno y otros puede ser factor favorable para la creación del ambiente y para que resulte hacedero el diálogo, pero puede también ser obstáculo. La consecución de la atmósfera es la principal labor del autor, adaptador y director de una obra teatral que va a ser representada en escena circular.

Comprendo que es difícil para el ciudadano con corbata y gemelos en los puños de la camisa, considerarse coetáneo de un caballero metido en fulgurante armadura, y una señora que usa interiores con encajes y puntillas se considerará desplazada ante una actriz vestida con pieles que representa un personaje de la Edad de Piedra. Cuanto menor sea el esfuerzo de ambientación exigido del público, más fácilmente podrá éste apreciar la obra.

No; decididamente no delecto esta modalidad teatral, pero tampoco estoy muy satisfecho de los resultados que me es dado apreciar. El juego de los actores debe basarse en la

sobriedad más estricta, y la naturalidad debe ser permanente y absoluta. Hay que dar al público la sensación de que es testigo y no espectador, que asiste a un acto real y no a una escena teatral.

« El hombre, la bestia y la virtud », obra de Pirandello, de mayor superficialidad que otras a las que nos había acostumbrado, quizá por arte y maña de los adaptadores, no se presta particularmente para ser representada en redondo. Hay centenares de obras cómicas o dramáticas por lo menos tan aptas como ésta para ocupar la escena circular.

El argumento anda sobrado de pimienta y ofrece los suficientes alicientes para que el público se distraiga. Se reduce a los esfuerzos de unos cuantos personajes para que un marido, al regresar de un viaje largo y antes de emprender otro, rinda el debido e íntimo homenaje a su esposa, para poder justificar el posterior nacimiento de un retoño que la infiel ya lleva en su seno. El efecto final, no puede menos que obtener un gran éxito ante un público francés que tan goloso es en el cine, teatro y novela, de los platos fuertemente aliñados.

La obra resulta larga, casi pesada, y no tanto por el tiempo que dura la representación cuanto por la obligación de rellenar con muy poca cosa tres actos. Esta es una de las características del gran comediógrafo siciliano, que él solventaba con su facundia, con su ingenio y con la brillantez de un diálogo tan profundo como perfecto.

Los personajes no son excepcionales. Simples muñecos de teatro, les falta el « intelectualismo » tan prodigado en otras producciones del autor, y no dejarán una estela en el recuerdo de los espectadores, ni serán modelo en el que puedan inspirarse otros escritores.

« El hombre », el amante, con la sensibilidad a flor de piel, voluble, expresivo, inquieto, continua y veloz representación exterior de sus estados anímicos, y junto a eso, una carga enorme de autohipocresía para justificar sus deslices sin por ello perder sus afincados prejuicios.

« La bestia », el marido, el navegante que tiene otro amor en otro puerto, en el que se entretiene haciendo hijos que, al ser ilegítimos, no le causarán molestias como si estuviesen protegidos por la Ley. Y como de esta segunda clase ya tiene y no quiere más, se ingenia cada vez que debe pernoctar en casa para sufrir un ataque de cólera que le sirve de pretexto para no tener que arriesgarse con su esposa.

« La virtud », la esposa, inocente, dulce, sensible, de castos ademanes y ejemplar modestia, pudorosa, recatada, reservada y triste, a la que tal aglomeración de cualidades no le han preservado de quedar encinta en ausencia de su marido, y, como no está autorizada el « birth control »...

Los demás personajes son de complemento. Algunos sería preferible que no saliesen, y otros apuntan esa sobriedad que soñamos para las figuras principales.

La dirección escénica, cuidada en cuanto a la posición ocupada por los actores, no lo está suficientemente en cuanto a la interpretación en sí, que resulta más apropiada para tener por foro un decorado que para mostrarse en el menguado redondel.

Francisco FRAK.

Leed
LA NOUVELLE IDEALE
(Suplemento literario mensual de « CNT »)
Aparece en francés
32 páginas, 50 francos.

La pantalla

AMORE

Rollo italiano compuesto de dos pasos: « La voce umana », basada en la obra de Jean Cocteau, y « Il miracolo », de Fellini, Pinelli y Rosellini. — Realizador, Roberto Rosellini. — Intérpretes: Anna Magnani, Federico Fellini, etc.

UN auténtico gallofero nos resulta este « san José » que con esclavina y baculo holla los soleados riscos. Encuentra en ellos a una muchacha de espíritu simple y fe ardiente, cosas complementarias, y ayudado por el bochorno ambiental y por la inocente confianza de la zagala, no se conforma con ser padre putativo de un Niño divino, como su homónimo bíblico, y hace lo necesario para dar la vida terrena a un niño humano.

Las consecuencias de su felonía son consideradas por la infeliz madre como fruto de la Gracia Divina.

Esto es lo esencial del argumento del segundo de los trancos de esta película. Luis Vélez de Guevara llamaba trancos a los pasos, entremeses o bocetos teatrales.

« Amore » levantó hace seis o siete años cierto revuelo, cuando eminentes personalidades de la Iglesia Católica, como el cardenal Spellman, lo atacaron rudamente desde el púlpito. Las prohibiciones le han llovido y, sin embargo, el film puede ser considerado como virgen de toda intención satírica.

Roberto Rosellini lo ha realizado con su habitual pericia. El desarrollo y la ambientación son excelentes. Algunas escenas, como las patadas del pobre idiota a los botes de Nanni, las angustias de la parturienta cuando se acerca el momento decisivo, son más que suficientes para catalogar a un director cinematográfico.

Es un verdadero Calvario el que tiene que soportar la heroína, sostenida por su fe, frente a la incompreensión y maldad de la turba que la zahiere con rufianesca insensibilidad. Hasta el « perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen » han puesto los guionistas en boca de la desgraciada.

¿ Habrán creído los detractores de este rollo que sus imágenes podían hacer sombra sobre el drama del Gólgota? ¿ Por qué, si no, el poner obstáculos a la proyección de una cinta que hace vibrar nuestra sensibilidad bajo el influjo de su alta calidad artística? Nada hay claro, evidente contra el dogma o contra la Iglesia. Como tantas veces, la malicia debe estar más en los ojos que contemplan que en la obra misma. ¿ Por qué negar a los espectadores ese ensayo de solidaridad hacia un ser que sufre y que nos va desnudando su alma, simple y sencilla, de entendimiento tardío?

Federico Fellini, uno de los

autores del guión e intérprete afortunado de « San José », ha imaginado un personaje que se emparenta por muchas causas a la Gelsomina que unos años más tarde debía interpretar su esposa, Giulietta Massina. Sin tener el atractivo poético de la protagonista de « La Strada », Nanni le gana, en cambio, en dureza dramática. Anna Magnani le da una vida áspera, sintiendo y expresando el drama con fuerza. Su rostro, y especialmente sus ojos, son un reflejo impresionante de las situaciones y de los sentimientos.

El silencio angustioso en que está sumida la sala durante ciertos pasajes del rollo, a pesar de que la categoría del cine hace suponer que se trata de un público selecto, es bien explícito sobre la clase de un film que, bien examinado, no puede catalogarse de folletinesco o sensiblero, aunque desee lo vengan a quien no guste pasar por blandengue.

El primer boceto, « La voce umana », es la versión cinematográfica del conocido drama de Jean Cocteau, y Rosellini se apunta un triunfo al hacer soportable una obra de tan escasas posibilidades cinematográficas. Anna Magnani, en actriz excepcional, ejecuta con realismo y convicción la improbable tarea.

Completa el programa un documental sobre el eminente cirujano, fallecido hace unos meses, René Leriche. Es lastimoso que en las pantallas mundiales no abunden las cintas de tal valor científico y con tan claro y ameno objetivo docente.

« Aquarium », film húngaro en colores, es curiosísimo, mostrando principalmente diversas particularidades de la procreación de los peces.

Federico AZORIN.

Société Parisienne d'Impressions,
4, rue Saulnier - Paris (9^e).

(1) Maria Félix, en « Les héros sont fatigués »; (2) Anna Magnani, en « Amore »; (3) Marine Vlady, en « La sorcière ».



IBEROS e INDOEUROPEOS



A pretensión de afiliar los orígenes ibéricos al remaje de pueblos indoeuropeos, se apoya en una palabra, o, mejor dicho, un nombre de composición celta e íbera que Herodoto cita al hacer historia de Tarsis y de los tartesos: Argentonio, rey célebre en su época hasta el punto de aparecer legendario. Es posible que tal rey no haya existido siquiera, porque procede de una leyenda recogida por los foceanos al abordar a Tasis y quedar deslumbrados por la riqueza argentífera de aquel terreno y la magnanimidad y desinterés de los habitantes, los cuales les proporcionaron el dinero necesario para levantar unas murallas en Focea y defenderse de los persas que, sin pacífica intención, iban a visitarlos al mando de Ciro.

Esto me recuerda lo sucedido una vez en una ciudad del Norte, que, para inculpar a 14 obreros en un proceso ruidoso de los muchos que hubo durante el período de la Segunda República, el juez, no pudiendo obtener las pruebas necesarias, pretendió tenerlas concluyentes con una tachuela que, durante el curso de un ya segundo o tercer interrogatorio halló en el forro de la chaqueta a uno de los presuntos delinquentes. En verdad, no fué él quien paró atención en aquel objeto que, por detrás, sobresalía del fondo de la americana, sino su secretario, el cual, picado de curiosidad, se levantó de su asiento y se fué « derecho al bulto ». Lo tocó, y advirtiendo que era una tachuela, lanzó una exclamación de júbilo, a la que el juez se sumó. Pasados unos meses y puestos en libertad los encartados el mismo día que se celebró la vista del proceso, el defensor, abogado del Colegio de Madrid, publicó en « La Tierra », popular periódico madrileño, un artículo con este título: « El proceso de la Tachuela ». Porque fué un proceso que, en verdad, se asentaba en una tachuela.

Referida la anécdota, que no deja de tener cierta analogía, diremos que, por aquellos tiempos, los mismos griegos fundaban Masilia. Y en el supuesto de que Argentonio existiera — se le atribuyen 80 años de reinado y 150 y hasta 300 de vida — podría tener cierta importancia para la discusión de esa tesis, aun siendo, como afirma Hubert, un caso único. Pero Argentonio representaba más pronto un nombre simbólico con el que los celtas, instalados en los Alcóres, designaban a un rey cualquiera de la plata, dada, como hemos señalado, la abundancia de yacimientos de dicho metal en ese terreno. Buscando al asunto todas las vueltas, pudiera ser, tal como el historiador supone, que un jefe celta llegaría por alianza matrimonial a ser rey de los tartesos. Como quiera que fuere, « argent » no representa otra cosa que la introducción de un nombre celta más en Iberia, y de ninguna manera se puede colegir por ahí la incorporación de uno o más pueblos a una determinada raíz originaria.

No obstante, hubo no poco empeño en establecer ciertas teorías para introducir en los grupos indoeuropeos a los iberos, y dentro de éstos a los tartesos, ya como contribución de primeros pobladores del suelo peninsular ibérico, ya por intromisión tardía céltica, suponiendo en los iberos una transformación étnica y, con ella, el alcance de todos los grados de civilización que se han sucedido en la protohistoria europea, cuyos campeones y artífices resultan asimismo los celtas. La primera de las teorías señaladas podemos concretarla en la tesis de un discípulo de d'Arbois de Jubainville, Philippon, según el cual, tartesos e iberos resultan indoeuropeos llegados de Asia, los primeros por mar y por el Africa, los segundos por tierra y por el Norte. « Philippon — nos dice H. Hubert en *Les Celtes et l'Expansion Celtique jusqu'à l'époque de la Tène* — ha atribuido a los iberos un vocabulario distinto del tarteso, a base de nombres geográficos y nombres propios en los que introduce palabras manifiestamente célticas (como *gurdus*) y otras, que, por costumbre, estaban unidas al liguro (como los nombres Ródano y Senna [Sequana], Isere [Isera], Albe y Albión; e incluso el de Elba [Albis], que es, sin duda, germánico) ». Resulta, pues, una catalogación de base lingüística (la antropología es inaplicable) que, por lo menos, cabe calificar de anacrónica, puesto que el lenguaje ibero existía antes de la invasión céltica y, aun sien-

do indoeuropeo, difiere en modalidades de otros de la misma raíz. El lenguaje céltico se enraíza, es cierto, en España, principalmente hacia el noroeste, y de tal modo, que el autor antes citado

de Oriente toda influencia interhumana, cosa que, a veces, como en nuestro caso concreto, fué a la inversa.

Señalemos, a modo de ejemplo de esta segunda teoría, la tesis de Luis Siret expuesta en *Cuestiones de Cronología y de Arqueología Ibérica*, quien sostiene que los celtas llegan a España sobre poco más o menos en la época que pasan por Inglaterra y por mar, importando la industria del bronce del centro difusor de Bohemia y fundando los primeros centros metalúrgicos peninsulares en la provincia de Almería y en la clásica estación de El Algar. Es decir, que esos centros, los más importantes de la metalurgia ibérica del bronce, y los de mayor proyección civilizadora en la protohistoria — que de allí irradia a toda la Europa atlántica — no son, según el autor citado, sino célticos. Se ignora, pues, su existencia siglos antes de la entrada en escena de los celtas, así co-

zación peninsular, originalmente ibérica, cual es la cerámica campaniforme con motivos en relieve, fué atribuida, como hemos visto, a su creación. De igual manera, los ornamentos megalíticos, menhires y dómenes, esencialmente ibéricos y por los que tenemos hoy huellas de su civilización en los tiempos de la cultura agrícola democrática, a la que acompaña el rito religioso del culto a la diosa madre, característico en ese período de la humanidad primitiva, se transfieren a los celtas y se les llama monumentos de la religión druidica, en los que sus sacerdotes — los druidas — cumplían sus sacrificios rituales de inmolación humana. De tal manera las cosas han pasado a la inversa de lo que en la historia se enseñó, y se enseña aún, que, como botón de muestra, vamos a transcribir unos párrafos debidos a la pluma del notable investigador ya otras veces citado, H. Hubert:

« Su área de extensión (la de los iberos) coincide en parte con la de los monumentos megalíticos e incluso los desborda. El nombre *ibero* es el último que nos queda para adosarlo, sobre todo, a esta civilización costera de Europa Occidental, siendo dichos monumentos sus más ilustres testimonios. Así pues, el elemento ibérico ha debido intervenir notablemente en la formación de los pueblos célticos. Puede ser, en fin, que en el fondo del céltico exista lo ibero, pero es difícil descubrirlo. »

En resumen, la abundancia de documentación existente actualmente acerca del origen de los pueblos de habla indoeuropea y de su proceso expansionista, así como la que a los pueblos iberos concierne, descarta toda idea de filiación lingüística y, más aún, etno-antropológica entre unos y otros. Para mejor imposición del tema, bueno será seguir el surco del proceso evolutivo de los arios y el estudio de sus orígenes, cualquiera de forma esquemática. Es de interés señalarlo, no tan sólo por lo que supone en sí como información histórica (la historia del hombre empieza con el hombre mismo) acerca del grupo de pueblos que durante miles de años — a fuerza de sangre y de opresión muchas veces — han marcado la pauta en la dirección de la evolución humana y la marcan aún. También por el papel que han jugado en el destino de los pueblos ibéricos, el cual tratamos de bosquejar, y su mutua relación a través de las diferentes épocas que anuncian el alba de la Historia.

por
FABIAN MORO

señala allí la existencia de 35 nombres de localidades terminados en *Briga*, mientras que en la Galia y en Germania, cuyos pueblos, como es sabido, son de origen celta en su mayor proporción, sólo se conoce la existencia de 6. Faltan dichas terminaciones en Cataluña, Valencia, Alicante, Murcia, Granada y Sevilla, y se desconocen en territorios que fueron principal asiento de iberos y tartesos — considerados por Philippon como indoeuropeos —, los cuales, en el apogeo celta en España, tuvieron escasa importancia como población y « al atravesar las mallas de la historia », fueron asimilados prontamente.

La segunda teoría, que durante mucho tiempo tuvo aceptación general y aún hoy en día — tras de estar probado ser un error — se divulga sin reparo, funda la transformación étnica de los iberos en la pretendida enseñanza de la agricultura por parte de los celtas — particularmente en la siembra del trigo, según parece desconocido antes en la Península —, la metalurgia del bronce y la cerámica campaniforme, como la transmisión de la civilización megalítica de oriente a occidente. Se aprecia en esto la tendencia general que en el mundo antiguo hace proceder

mo la explotación por parte de los tartesos de las minas de estaño de Cornualles, de donde procede parte de la riqueza fabulosa que a éstos atribuye Herodoto, riqueza que no sólo deslumbra al Oriente asiático, sino que confirma la preponderancia ibérica del Bronce en Europa hasta la llegada del alud indoeuropeo.

Sin entrar, por el momento, en detalles arqueológicos o paleontológicos, señalemos solamente que Siret hace pasar la civilización ibérica a manos de los celtas, y el camino seguido por los iberos, de Occidente a Oriente, yendo de Irlanda e Inglaterra al mar del Norte y a Alemania, es inversamente atribuido a los celtas, aunque con una cronología tardía y una gran subestimación del papel representado en la prehistoria por los pueblos ibéricos, subestimación que, desde luego, ha sido general durante mucho tiempo y va subsanándose a medida que se amplian los conocimientos y se acumula la documentación acerca del hombre y su vida en los grandes períodos que anteceden a la historia. La importancia dada a la colonización céltica en España ha sido de tal manera desmesurada que una de las características principales de la civili-



Avila : Una de las puertas de la ciudad.



Y por los mares del planeta fueron las naves españolas, lenta y monótonamente, escribiendo y escribiendo su leyenda.

Un siglo de descubrimientos. Un siglo de continuos viajes, de continuos esfuerzos por los muros y por los ríos, por las llanuras y por las montañas de las nuevas tierras aparecidas. La canción traída por el mar siguió vibrando en el interior del Continente y así, de ese modo tenaz y persistente, las imprecidas quimeras de los geógrafos fueron cristalizando en las pasmosas realidades de los descubridores.

Porque el origen de los grandes descubrimientos españoles se fragó en las mesas de trabajo de los cartógrafos. Ellos fueron los que contribuyeron a crear en nuestra patria la afición a lo desconocido, el interés por la aventura, la pasión por el mar que envolvía en sus azules las brumosas tierras de la lontananza. Ellos crearon una escuela, y esa escuela dió sus frutos en la realización de los viajes oceánicos. Fueron ellos, los famosos cartógrafos españoles, los promotores de la gran era de los descubrimientos.

Fué en Mallorca donde preferentemente surgió el interés por la Geografía en España, donde se formaron los maestros de hacer cartas, aquellos famosos maestros que más tarde llevaron su ciencia a Portugal, iniciando también la época de los descubrimientos portugueses.

Jaume Ribes, Gabriel de Vallseca, Villadestes, Dulcert, llenaron con sus nombres la historia de la Cartografía mallorquina y comenzaron a formar la traba íntima entre geógrafos y navegantes. Porque las cartas mallorquinas daban seguridad a los capitales en el gobierno de sus naves y a su vez los relatos de éstos a la vuelta de sus viajes añadían nuevos conocimientos geográficos que más tarde se iban prendiendo sobre el pergamino de los mapas.

Así en un Atlas catalán ya se señala la presencia del uxor de Jaume Ferrer en las costas de Guinea por el año de 1346 y desde entonces la escuela mallorquina forma navegantes, maestros, capitanes que empiezan a surcar los mares antes desconocidos, primero timidamente por las costas africanas cercanas a la Península, llegando más tarde a las islas de Canaria (1494) y prosiguiendo su avance y desarrollo hasta la creación de ese ambiente marítimo único y ejemplar que en la Baja Andalucía produjo hombres de mar osados y atrevidos capaces de competir con los portugueses en las navegaciones a las costas de Guinea y el Senegal, y

UBO un tiempo en que España escribió sobre el mar una leyenda de espuma sobre las aguas ignotas y azules. Fueron sus barcos los cantores, sus hombres los héroes de la gesta. Todo el mundo del Occidente, todo el viejo mundo de entonces engarzó su asombro en el ondear de los gallardetes ibéricos. Las cartas geográficas se llenaban de nuevas costas, de nuevos nombres. Las letras de los libros se apretaban con nuevos hechos, con nuevos signos.

que finalmente llegaron con los hermanos Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón a hacer posible la realidad del primer viaje a través del Atlántico en demanda de unas tierras lejanas, de unos reinos fantásticos y desconocidos que desde largo tiempo atrás torturaban la imaginación de un decidido navegante genovés.

A partir del descubrimiento y posterior exploración de los archipiélagos de las Bahamas y de las Antillas realizados por el Almirante don Cristóbal Colón durante sus dos primeros viajes (1492 y 1493) los esfuerzos de los descubridores españoles se dirigen hacia la Tierra Firme con la esperanza de encontrar un paso o canal que, atravesando la América recién descubierta, permitiera el arribo a las tierras orientales del Maluco y de la India, pródigas en especiería, realizando así el sueño inicial del Almirante descubridor.

De esta manera los cascos de las naves españolas fueron reconociendo y explorando todo el Continente americano dejando a su paso una gloriosa estela de inquietud y anhelo que se cino apretadamente a las vírgenes tierras de América con la emoción de un abrazo estrecho y apasionado. Paso a paso, singladura a singladura los navegantes de España recorrieron el perfil del Continente engarzando unos descubrimientos con otros y tejendo pacientemente la urdimbre de la plenitud del momento español sobre las aguas y las costas, sobre los ríos y los lagos del nuevo mundo. Paso a paso, singladura a singladura, el litoral americano iba delineándose ante las vorvientes miradas de los hombres de Castilla que desde las coas de las carabelas oteaban los nuevos horizontes.

Por el extremo norte, el piloto Esteban Gómez llegó a descubrir las costas de Terranova. Más al sur, Lucas Vázquez de Ayllón exploraba los litorales norteamericanos hasta la bahía de Chesapeake en el año de 1526 y antes que él, en 1512 y 1515 Juan Ponce de León escudriñaba la península de Florida desde donde se internaba por tierra aquel famoso explorador Alvar Yáñez Cabeza de Vaca que durante nueve largos años anduvo caminando incansablemente por los gnutos y desérticos territorios de la América del Norte.

También el golfo de México fue recorrido milla a milla por los navegantes españoles. Desde los primeros descubrimientos realizados por Cristóbal Colón en el curso de su cuarto y último viaje (1492...), durante el cual exploró y reconoció las costas de la América Central desde la Punta Caxinas al Cabo de Gracia de Dios, y finalmente hasta Portobello en la costa de Veragua, fueron sucesivamente numerosas expediciones que consiguieron unir con sus descubrimientos estas tierras con las descubiertas por Juan Ponce de León en la península de la Florida.

Entre los navegantes que exploraron estos litorales dejaron su recuerdo primeramente Francisco Hernández de Córdoba que en 1517 descubrió el cabo Catoche y la península de Yucatán recorriendo la costa mexicana hasta Chapotón, y Juan de Grijalva, salido del puerto cubano de Matanzas el 3 de abril de 1519 para llegar también a Chapotón y la isla de Cozumel prosiguiendo al después sus exploraciones por el litoral de Méjico en un viaje precursor del que después habría de realizar Hernando Cortés (1519) al desembarcar con sus hombres en Veracruz.

Mas al norte, Francisco de Garay y Alonso Álvarez de Pineda completan la exploración del Golfo durante los años de 1518 a 1523 acabando con ello de incorporar al conocimiento occidental la Geografía cierta y precisa del antes inquietante seno mejicano.

Al sur de los territorios descubiertos por Colón en su cuarto viaje, se extiende la exploración española por toda la costa atlántica de América meridional desde Portobello, en Panamá, hasta el río de Contas, en el Brasil, a lo largo de una numerosa secuela de expediciones realizadas durante los años del primer decenio descubridor. De entre ellos, por su importancia marítima y geográfica, habremos de entresacar los siguientes:

El propio descubridor Cristóbal Colón fué también el primer navegante que arribó a Tierra Firme del Continente americano durante el curso de su tercer viaje de descubrimientos. Salido de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo del año de 1498 al mando de una armada de seis naves, llegó a dar vista a la isla de la Trinidad para entrar después en el famoso golfo de Paria o de las Perlas por la llamada Boca de la Serpiente, reconociéndolo concienzudamente y saliendo después por la Boca del Dragón con rumbo definitivo hacia la Isla Española, territorio de su gobierno.

Alonso de Hojeda, llevando como pilotos a Juan de la Cosa, Américo Vesputcio y Andrés de Morales partió del Puerto de Santa María con una escuadra de cuatro carabelas

el 20 de mayo de 1499 para recalar cerca de Cayena en los 4 grados y 20 minutos de latitud Norte, desde donde siguió de cerca la costa de la Guayana y Venezuela, reconociendo desembocaduras de los grandes ríos Surinam, Esequivo y Orinoco para llegar al famoso golfo de Paria descubierto por Colón en su tercer viaje. Después siguió barajando la costa hasta doblar la punta Araya y penetrar en el golfo de Cumana, cuya abundancia en perlas hubo de atraer posteriormente a tantos otros navegantes. Desde ahí se dirigió al cabo de Curazao, entrando luego en el gran lago de Maracaibo y llegando en su larga exploración hasta el cabo de la Vela al caer el 30 de agosto de dicho año, finalizando así sus exploraciones para dirigirse desde allí a la Isla Española.

En esta larga e interesante navegación se acumularon nuevos conocimientos geográficos que a los pocos años aparecen ya en el famoso planisferio de Juan de la Cosa, primer mapa publicado en el mundo en el que se hacía mención de la Tierra Firme recientemente descubierta.

Vicente Yáñez Pinzón vuelve de nuevo a los mares para realizar el descubrimiento del Brasil, territorio que posteriormente, por caer fuera de la demarcación que el Tratado de Tordesillas asignaba a los dominios españoles, quedó incorporado finalmente a los del rey de Portugal, hecho por el cual se atribuye con frecuencia y con error dicho descubrimiento al portugués Pedro Álvares Cabral, que no visitó por primera vez dichas tierras sino hasta después de que el hubieran hecho Pinzón y Diego de Lepe.

Saló Pinzón del puerto de Palos de Moguer con cuatro carabelas a finales de noviembre o principios de diciembre del año de 1499, y en su travesía del Atlántico cruzó la línea equinoccial aproximadamente por los 38 grados de longitud Oeste del meridiano de Greenwich dando finalmente al continente suramericano en el actual Cabo de San Agustín en los 8 grados de latitud meridional.

Desde allí siguió a lo largo de la costa brasileña en la dirección del Oeste, descubriendo el Cabo de San Roque y la desembocadura del caudaloso río que él llamó « Mar Dulce » y que posteriormente se conoció con el nombre de Río de las Amazonas, con el que actualmente se le conoce.

Continuando su navegación por la costa, enlazó sus descubrimientos con los anteriores de Alonso de Hojeda hasta llegar al golfo de Paria desde donde, en julio de 1500, marchó de regreso a la Isla Española, y posteriormente a la Península.

Diego de Lepe, con los pilotos Bartolomé Roldán, Juan Rodríguez de Mafre y Américo Vesputcio, salió con dos carabelas del puerto de Palos a principios del año 1500, recorriendo de nuevo y finalmente al límite que acababa de visitar Vicente Yáñez Pinzón y al que más tarde arribaría el portugués Cabral, pero desde allí cambió la derrota, dedicándose a explorar nuevas tierras brasileñas en dirección al sur llegando hasta el río Contas en los 13 grados de latitud Sur, y después de reconocer la Bahía de Todos los Santos y las descubiertas de los ríos de San Julián y de Santa Catalina.

Alonso de Hojeda invirtió su rumbo, llegando de nuevo al cabo de San Agustín y siguiendo por la ruta anterior de Pinzón hasta el golfo de Paria y la isla de Curazao desde donde, en el verano de dicho año de 1500, puso la proa a España, cesando en su aventura descubridora.

Rodrigo de Bastidas con dos navíos y con el infatigable Juan de la Cosa como piloto, zarpó de Cádiz en octubre de 1500 arribando directamente al golfo de Venezuela al límite occidental de los anteriores descubrimientos de Alonso de Hojeda, y desde allí siguió hacia el este a lo largo de costas todavía vírgenes para descubrir, sucesivamente Santa Marta, la boca del río Magdalena, la punta de la Galera, el actual puerto de Cartagena y el golfo de Urabá o del Darién.

Después modifica su rumbo, adaptándolo a la dirección de la costa panameña, dobla la punta del Tiburón y arribó finalmente al cabo de Nombre de Dios y Portobello, es decir al sur de las costas que Cristóbal Colón descubriera en su último viaje de exploración, desde donde se dirige a la Española en vista del mal estado en que se encontraban sus carabelas.

Además de estas expediciones principales son dignas de mencionarse las dirigidas a estas costas de la que después hubo de ser

Y EXPLORADORES ESPAÑOLES

por

Juan de Oyatzabal

la Nueva Granada, al mando de las naves gantes Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra (1499), Alonso Velez de Mendoza (1500), Juan de Ocampo (1500), Luis Guerra (1503) Juan de la Cosa, Ledesma y Vesputcio (1504), Hojeda (1504) y Juan de la Cosa (1509) y de nuevo y finalmente la accidentada de Hojeda, Nicuesa y Juan de la Cosa (1509) en donde el último encontró trágica muerte y que fué el origen del establecimiento definitivo de los españoles en las costas del Darién.

Las infructuosas tentativas realizadas hasta entonces para encontrar un paso o canal que permitiera a las naves españolas atravesar el continente americano para proseguir el viaje hacia las deseadas tierras de la Especiería, indujeron a la corona española a encauzar esa búsqueda por nuevos derroteros, originándose así nueva serie de exploraciones, esta vez dirigidas hacia las costas meridionales de América.

Juan Díaz de Solís mandaba la armada que a tal efecto se organizó auspiciada por el propio tesoro real. Constaba de tres naves y partió del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515, dirigiéndose seguidamente hacia el sur de las costas primeramente visitadas por Vicente Yáñez Pinzón, por los cabos de San Roque y de San Agustín y la bahía de Río de Janeiro hasta llegar por primera vez al estuario del Río de la Plata.

Creyendo encontrar allí el paso tan afanosamente buscado, decidió remontar la corriente navegando por su interior hasta la isla de Marip García en donde al desembarcar encontró Solís la muerte como consecuencia de una emboscada que le prepararon los naturales del país.

La exploración del río fué continuada mucho tiempo después por el italiano Sebastián Caboto y los españoles Francisco de Rojas, Miguel de Rojas, y Miguel de Rífoz que, con una armada de cuatro barcos zarparon de Sanlúcar de Barrameda el 3 de abril de 1526 llegando al río que encontrara Solís hasta ondear junto a la isla de San Gabriel, desde donde remontaron el río Paraná hasta arribar a su confluencia con el Pilcomayo por el cual siguió la exploración solamente Miguel de Rojas, uniéndose después las fuerzas de esta armada con las de una nueva hueste exploradora española con las que se encontró Caboto en las lejanas tierras del Plata.

Diego García de Moguer había salido con dos naves del puerto de la Coruña el 15 de agosto de 1527 y, dirigiéndose hacia el antiguo río de Solís, llegó a encontrar a la armada de Caboto y, uniendo con él sus fuerzas, continuaron juntos las empresas descubridoras por los ríos suramericanos en el territorio argentino en el que definitivamente habrían de establecerse los españoles con la fundación en 1535 de la ciudad de Santa María de los Buenos Ayres por el capitán don Pedro de Mendoza.

No fué sino en otro viaje, realizado por el mismo Diego García de Moguer, cuando mares y costas aún más australes, cuando pudo hallar el anhelado paso y es este otro viaje el que juntamente con el primero de Cristóbal Colón resultó ser el más famoso entre los periplos de los descubridores hispanos.

Hernando de Magallanes, portugués al servicio de la corona española, había zarpado el día 20 de septiembre de 1519 del puerto de Sanlúcar de Barrameda al mando de una escuadra de cinco naves. Arribando directamente desde las Canarias a las costas de la América meridional, recaló en el cabo de San Agustín para después seguir barajando la costa hasta más allá de las tierras primeramente encontradas por Solís.

Escudriñando detenidamente cualquier abertura que pudiera ser un indicio del canal interoceánico, descubrió Magallanes sucesivamente las bahías de San Matías y de San Julián, el puerto de Santa Cruz y el cabo de las Vírgenes al doblar el cual, el día 7 de octubre de 1520 encontró; al fin! la estrecha abertura por la que penetró osadamente recorriendo su intrincado y sinuoso curso, luchando angustiosamente contra la Meteorología del Estrecho y dando culminación al descubrimiento del Paso que lleva su nombre, al doblar el cabo Desado, primer jalón de la derrota que a través del inmenso Océano Pacífico iban a seguir gallardamente las tres únicas naves — « Trinidad », « Victoria » y « Concepción » — que supervivían de las cinco que iniciaron la partida.

Al descubrimiento del Estrecho de Magallanes siguieron años más tarde otros viajes dedicados a explorar y reconocer con todo detenimiento aquel tortuoso brazo de mar abierto a través del continente. De entre ellos hay algunas que merecen ser recordadas en estas líneas.

Simón de Alcazaba mandaba una pequeña flota de dos navíos que salieron de Sanlúcar el 21 de septiembre de 1534 con rumbo directo hacia el Estrecho. Allí, después de recorrer nuevos canales inéditos y luchar tenazmente contra las tempestades y contra las corrientes, murió el jefe de la expedición, tras de lo cual los marineros descubrieron lo navegado regresando al Brasil el 11 de septiembre de 1530.

Francisco de Carango, con tres barcos salidos de Sevilla en agosto de 1539, recalcó el cabo de las Vírgenes y después de dolorosas peripetias uno solo de sus navíos consiguió acabar la aventura, riñendo viaje en el puerto chileno de Arquipelago.

Descubiertos y colonizados desde hacia ya algún tiempo los territorios suramericanos de la costa del Pacífico, los gobernadores y virreyes del Perú decidieron continuar las investigaciones magallánicas, equipando y organizando nuevas armadas descubridoras y exploradoras del Estrecho.

Juan Fernández de Labrador el 17 de noviembre de 1557 partió con dos naves del puerto de Valdivia en la costa de Chile. Entrando por el Pacífico en el Estrecho, efectuó un reconocimiento muy minucioso, descubriendo nuevas angosturas o boquerones, entre ellos los hoy llamados canales de Nelson y de Ulle, para pasar finalmente a la costa atlántica desde donde volvió a su puerto de origen, mientras su lugarteniente Francisco Cortés de Hojeda, separado de él accidentalmente, pudo también dar cima a su empresa recalando en Valdivia el 1.º de octubre de 1558, después de haber sufrido los más diversos acaecimientos.

Pedro Sarmiento de Gamboa salió del Callao con dos naves el 11 de octubre de 1570 llevando como piloto a Antón Pablos y alcanzó el Océano Atlántico el 24 de febrero de 1580 atravesando el Estrecho de Magallanes y abriendo un nuevo camino, descubriendo, arribado y notado y descrito todos los archipiélagos y estrecho con el cuidado necesario ».

Posteriormente volvió a salir de Sanlúcar de Barrameda el 9 de enero de 1582 al mando de una gran armada de 23 embarcaciones con las que pretendía arribar al Estrecho y andar y establecer en sus inhóspitas marítimas márgenes una colonia española, permanente, empresa que, aunque iniciada deudamente con la fundación de dos establecimientos, hubo de ser abandonada posteriormente a causa de las inclemencias del tiempo y del terreno.

Por la época en que se realizan estas expediciones magallánicas todo el litoral occidental de la América del Sur estaba colonizado por los españoles que siguieron a los que originaron su descubrimiento marítimo.

Este tuvo su origen en aquella mañana radiosa del 29 de septiembre de 1513 en la que desde la cima de un picacho del Darién, una expedición española que seguía a Hojeda, Nicuesa y Pedrarias de Avila en la colonización del istmo de Panamá, el extremo Vasco Núñez de Balboa llegó a descubrir la amplia y dilatada extensión azul de un nuevo mar, el primitivo « Mar del Sur », al que después Magallanes le diera el nombre de Pacífico, y del que Balboa con sus amigos por las rutas y arbolando el estandarte de España tomó posesión solemne « hasta ahora e en todo tiempo que el mundo durase hasta el universal final juicio de los mortales ».

Construido por Balboa en el Pacífico el puerto de Acla salieron de él numerosas expediciones dirigidas tanto al Norte como al Sur, en demanda de nuevos territorios, y el anhelado territorio del « Pirú » que tan prometedoramente se anunciaba a los españoles.

Juan de Castañeda exploró el territorio de Burica y fundó el establecimiento de Nata (1519). Gil González de Avila llega al puerto de la Caldera... (1522) en tanto que Andrés Niño explora el lago de Nicaragua, seguido más tarde por Francisco Hernández de Córdoba y Ruy Díaz y Hernando de Soto... (1525) hasta que finalmente fué reconocido en toda su extensión por Martín de Estete (1529), Alfonso Calero y Diego Machuca de Zuazo (1540) sin llegar a encontrar el « paso central » de cuya existencia se sospechaba.

Las expediciones hacia las costas del Mediodía fueron iniciadas por Pascual de Andagoya (1522) quien llegó hasta el río de San Juan para ser continuadas después por



Francisco Pizarro y Diego de Almagro, quienes en 1524 y 1526 costearon la costa en prolongados intentos hasta que en 1531 consiguieron llegar al puerto de la Coruña el 24 de agosto de 1525 con cuatro naves de las que solamente una pudo llegar al puerto de destino, al fondeadero de Ildore en las islas del Maluco el día 1.º de enero de 1527, al mando del superviviente Martín Iñiguez de Garquiza.

El 31 de octubre de 1527 zarpó Alvaro de Saavedra del puerto mejicano de Acapulco con rumbo al oeste que luego enmendó para seguir una derrota que lo hubo de llevar a descubrir las costas de Nueva Guinea y abriendo un nuevo camino, descubriendo, arribado y notado y descrito todos los archipiélagos y estrecho con el cuidado necesario ».

Posteriormente volvió a salir de Sanlúcar de Barrameda el 9 de enero de 1582 al mando de una gran armada de 23 embarcaciones con las que pretendía arribar al Estrecho y andar y establecer en sus inhóspitas marítimas márgenes una colonia española, permanente, empresa que, aunque iniciada deudamente con la fundación de dos establecimientos, hubo de ser abandonada posteriormente a causa de las inclemencias del tiempo y del terreno.

Por la época en que se realizan estas expediciones magallánicas todo el litoral occidental de la América del Sur estaba colonizado por los españoles que siguieron a los que originaron su descubrimiento marítimo. Este tuvo su origen en aquella mañana radiosa del 29 de septiembre de 1513 en la que desde la cima de un picacho del Darién, una expedición española que seguía a Hojeda, Nicuesa y Pedrarias de Avila en la colonización del istmo de Panamá, el extremo Vasco Núñez de Balboa llegó a descubrir la amplia y dilatada extensión azul de un nuevo mar, el primitivo « Mar del Sur », al que después Magallanes le diera el nombre de Pacífico, y del que Balboa con sus amigos por las rutas y arbolando el estandarte de España tomó posesión solemne « hasta ahora e en todo tiempo que el mundo durase hasta el universal final juicio de los mortales ».

Construido por Balboa en el Pacífico el puerto de Acla salieron de él numerosas expediciones dirigidas tanto al Norte como al Sur, en demanda de nuevos territorios, y el anhelado territorio del « Pirú » que tan prometedoramente se anunciaba a los españoles.

Juan de Castañeda exploró el territorio de Burica y fundó el establecimiento de Nata (1519). Gil González de Avila llega al puerto de la Caldera... (1522) en tanto que Andrés Niño explora el lago de Nicaragua, seguido más tarde por Francisco Hernández de Córdoba y Ruy Díaz y Hernando de Soto... (1525) hasta que finalmente fué reconocido en toda su extensión por Martín de Estete (1529), Alfonso Calero y Diego Machuca de Zuazo (1540) sin llegar a encontrar el « paso central » de cuya existencia se sospechaba.

Las expediciones hacia las costas del Mediodía fueron iniciadas por Pascual de Andagoya (1522) quien llegó hasta el río de San Juan para ser continuadas después por

Pero no es solamente en el continente americano donde se desarrollaron las aventuras exploradoras de los hombres de España. Desde su descubrimiento por Vasco Núñez de Balboa, es el Océano Pacífico y las islas en él sembradas un nuevo acicate para las rodas de los barcos de España, y los esfuerzos ulteriores van dirigidos por los históricos sucesos que en sus aguas abrieron hacia el occidente los nuevos capitanes de la aventura.

Hernando de Magallanes tras de haber descubierto el Estrecho de su nombre fué el primero en atravesar el Océano de extremo a extremo en una navegación interminable durante la cual, después de recalar en las islas Marianas, arribó a las Filipinas. Ahí en Mactán, el 27 de abril de 1521, se encontró Magallanes con su muerte, tras de lo cual continuó la armada su camino pasado al ansioso Maluco, sufriendo allí nuevas calamidades y acabando una sola de las cinco naves, la famosa « Victoria », de realizar la travesía de regreso al mando de Juan Sebastián de Elcano, el glorioso marino que a pesar de haber perdido la maestría y tenacidad insuperables, venciendo todas las penalidades, sorteando todos los escollos, arrostrando el hambre y las enfermedades hasta que finalmente « con audacia y no experiencia por tierras mal penetradas de Filipinas fueron halladas todas las circunferencias ».

y pudo penetrar con la triunfante « Victoria » por las aguas tranquilas del Guadalquivir hasta dejarla arbolada a los muelles del puerto de Sevilla, tras de haber

realizado por primera vez en la historia la circunnavegación de nuestro planeta.

Esta primera navegación del Pacífico es seguida por la de García Jofre de Loaysa, salido del puerto de La Coruña el 24 de agosto de 1525 con cuatro naves de las que solamente una pudo llegar al puerto de destino, al fondeadero de Ildore en las islas del Maluco el día 1.º de enero de 1527, al mando del superviviente Martín Iñiguez de Garquiza.

El 31 de octubre de 1527 zarpó Alvaro de Saavedra del puerto mejicano de Acapulco con rumbo al oeste que luego enmendó para seguir una derrota que lo hubo de llevar a descubrir las costas de Nueva Guinea y abriendo un nuevo camino, descubriendo, arribado y notado y descrito todos los archipiélagos y estrecho con el cuidado necesario ».

Posteriormente volvió a salir de Sanlúcar de Barrameda el 9 de enero de 1582 al mando de una gran armada de 23 embarcaciones con las que pretendía arribar al Estrecho y andar y establecer en sus inhóspitas marítimas márgenes una colonia española, permanente, empresa que, aunque iniciada deudamente con la fundación de dos establecimientos, hubo de ser abandonada posteriormente a causa de las inclemencias del tiempo y del terreno.

Por la época en que se realizan estas expediciones magallánicas todo el litoral occidental de la América del Sur estaba colonizado por los españoles que siguieron a los que originaron su descubrimiento marítimo.

Este tuvo su origen en aquella mañana radiosa del 29 de septiembre de 1513 en la que desde la cima de un picacho del Darién, una expedición española que seguía a Hojeda, Nicuesa y Pedrarias de Avila en la colonización del istmo de Panamá, el extremo Vasco Núñez de Balboa llegó a descubrir la amplia y dilatada extensión azul de un nuevo mar, el primitivo « Mar del Sur », al que después Magallanes le diera el nombre de Pacífico, y del que Balboa con sus amigos por las rutas y arbolando el estandarte de España tomó posesión solemne « hasta ahora e en todo tiempo que el mundo durase hasta el universal final juicio de los mortales ».

Construido por Balboa en el Pacífico el puerto de Acla salieron de él numerosas expediciones dirigidas tanto al Norte como al Sur, en demanda de nuevos territorios, y el anhelado territorio del « Pirú » que tan prometedoramente se anunciaba a los españoles.

Juan de Castañeda exploró el territorio de Burica y fundó el establecimiento de Nata (1519). Gil González de Avila llega al puerto de la Caldera... (1522) en tanto que Andrés Niño explora el lago de Nicaragua, seguido más tarde por Francisco Hernández de Córdoba y Ruy Díaz y Hernando de Soto... (1525) hasta que finalmente fué reconocido en toda su extensión por Martín de Estete (1529), Alfonso Calero y Diego Machuca de Zuazo (1540) sin llegar a encontrar el « paso central » de cuya existencia se sospechaba.

Las expediciones hacia las costas del Mediodía fueron iniciadas por Pascual de Andagoya (1522) quien llegó hasta el río de San Juan para ser continuadas después por

Y así termina la gesta, así acaba la epopeya. Ha sido un siglo de incesante descubrir por los mares y por las tierras, un siglo de grandes esfuerzos españoles. La geografía se ha completado, las cartas y mapas de este tiempo ya lo dicen todo, ya no ocultan nada, las historias y las relaciones de los nuevos países corren ya de boca en boca por todo el viejo mundo occidental.

Y todo es debido al trabajo español, al afán creador ibérico. Todo es debido a la obra de los geógrafos, de los descubridores, de los exploradores españoles. Todo se debe a que en los tiempos ya idos los navegantes hispanos clavaron en la mar su decisión, a que en el siglo pasado, el memorable siglo XVI, de descubrimientos oceánicos, las naves españolas, las naos y las carabelas, los bergantines y las fragatas, mandadas y tripuladas por hombres españoles fueron realizando su misión de descubrir el mundo, su milagro, fueron por todos los mares del planeta escribiendo, y escribiendo, y escribiendo, lenta y solemnemente su leyenda.

OPINIONES E INICIATIVAS

Reciban con estas líneas mi más sincera felicitación por la obra que supieron iniciar y proseguir con tanto acierto. Por mi parte, ampliando la frase de aquel hombre bueno que, cuando le preguntaron: ¿Dónde está el genio de España?, contestó: ¡En las cárceles!, yo añadiré: ¡y en el destierro! Adelante con la obra y mejorándola si es posible. Este es el deseo de un viejo militante de la CNT que cuenta con más de 70 años.

CALVO SESMERO
Aulnay-sous-Bois.

...Lector del Suplemento desde su primer número, debo decir que la presentación y el tono en que lo habéis mantenido ha sido excelente. De todas cuantas personas tuve ocasión de hacérselo conocer he escuchado elogios y me place transmitirlos, más que como estímulo, para vuestra satisfacción por la obra emprendida.

Luis OLEZA,
México, D. F.

...Hasta mi llegada a Francia, a últimos de año, no había leído la publicación mensual de «Solidaridad Obrera», y, por cierto, me ha producido la mejor impresión. Sin que sirva, no obstante, de reproche creo que, en esas páginas de tan amena y selecta lectura, falta un poco de información bibliográfica relacionada con los autores españoles modernos, pues, por lo que veo, sus obras recientes son apenas conocidas en la emigración.

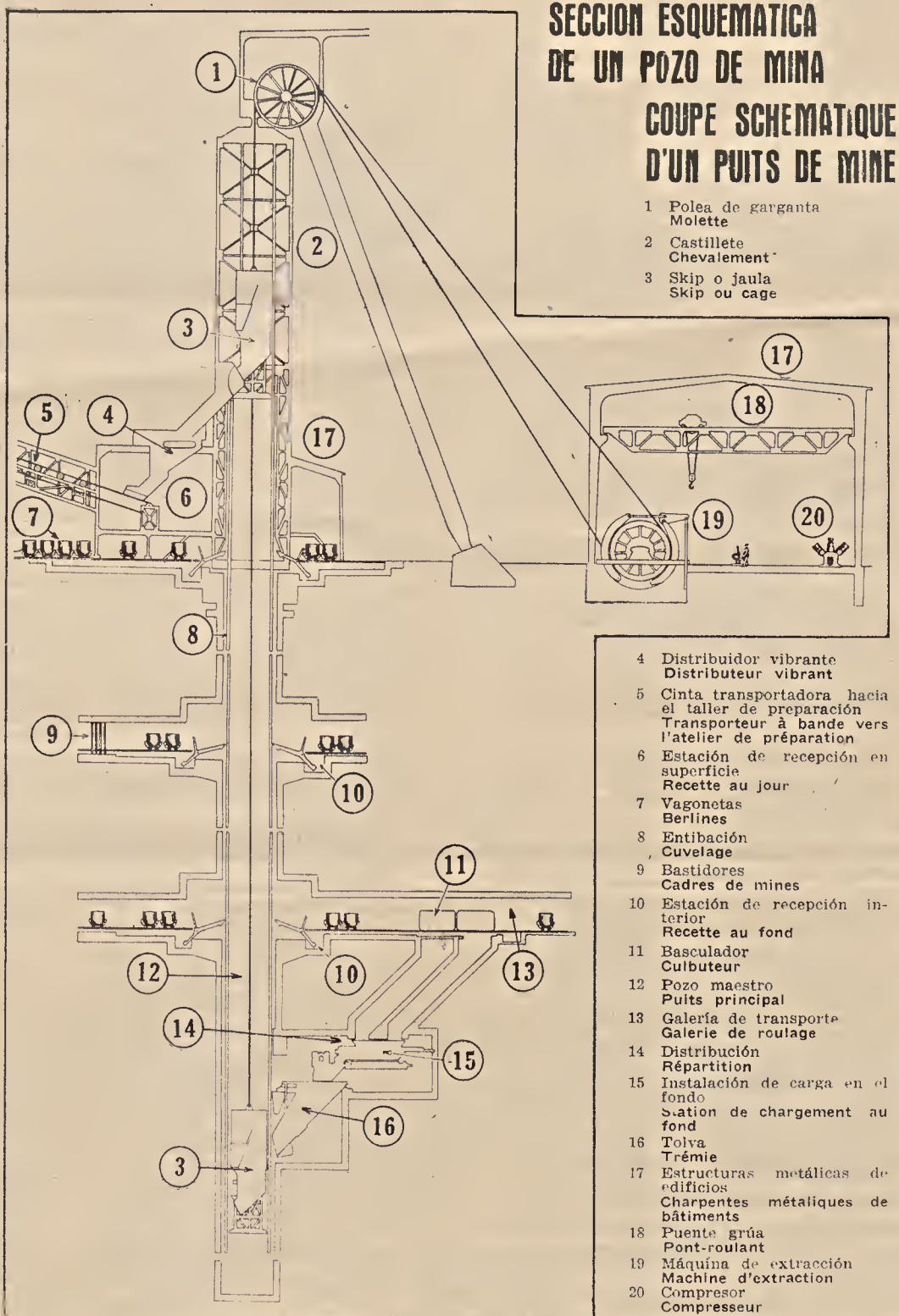
Antonio PORTAL,
Grenoble.

...comprendo que en toda revista de ese carácter se presenten dificultades para la elección de originales, pues que siempre han de guardarse consideraciones para no disgustar a algunos colaboradores. Sin embargo, la consideración no debe pasar de cierto límite, y aunque éste, por lo general, parece habéis querido respetarlo, a veces han pasado artículos que, pese a la buena voluntad de sus autores, han sido superficiales y desentonaban del resto del contenido. Mi opinión, en fin, es de que, para consolidar el Suplemento ante el público, no debéis aceptar tales trabajos y procurar sustituirlos por otros de mejor calidad.

Ruégase a todo quien pueda facilitar direcciones o informaciones sobre las colectividades judías, las comuniquen a M. Lastra, C. de R., 24, rue Ste-Marthe, París (X).

En lo sucesivo, la correspondencia de redacción debe ser enviada a nombre de Juan Ferrer, 24, rue Ste-Marthe, París (X).

NUESTRO DICCIONARIO TECNICO



CORREO DEL LECTOR

...C. S., Aulnay-sous-Bois (Seine-et-Oise).

— Les agradecería me comunicaran las fechas de nacimiento de dos famosos escritores abulenses (paisanos míos): Juan de la Cruz y Teresa de Cepeda.

— Juan de la Cruz, que en el siglo fué Juan de Yepes Alvarez, nació en Fontiveros (Ávila), en 1542; Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila el 12 de mayo de 1515.

...Luisa HERMITAIN, Burdeos.

— ¿Babia, Batuecas y Hurdas son tres nombres de una misma región?

— Las Batuecas pertenecen a la provincia de Salamanca, mientras que las Hurdas, al otro lado de la Sierra de Gata, pertenecen a la de Cáceres. Babia, en cambio, se encuentra en la montaña de León, y si se confunden estos nombres en la expresión «estar en», como si diríamos en la Luna o en la higuera, es debido a que la inocencia de los moradores de dichas comarcas, donde el bocio causa estragos, se ha hecho proverbial.



Rosario, bailarina española que ha actuado con éxito en el teatro parisien de l'Etoile.

ROMANCE DE LOS ESTUDIANTES PRESOS

Encerrados en la cárcel por propaganda ilegal, eso es lo que dice el Juez Juez de Juzgado Especial, siete estudiantes gemían lágrimas del lagrimal consultando día y noche el Derecho Procesal. ¡Cuántos años de prisión! por tus versos, ¡oh Julián! malhaya la inspiración que me causó tanto mal; malhaya, malhaya sea, ¡a Cultura General! Esto le pasa a mi hijo por no ser un animal clamaba un digno abogado padre del niño Abellán.

CORO DE LAS MADRES

¡Ay hijo de mis entrañas! te acusan de liberal y de otras cosas peores que es preferible callar. A ti, a quien no te dejaba tu padre ni trasegar y una peseta te daba como cuota semanal. Cárcel de Carabanchel cárcel para encarcelar a los fueron amigos o conocidos de un tal López Campillo que, ahora, feliz en París está cantando la Marsellesa en su idioma original.

Cárcel de Carabanchel nuestra nueva Facultad donde cursamos estudios que no han de perjudicar ni a España, la Patria nuestra ni a su Caudillo Inmortal.

CORO DE ESTUDIANTES LIBRES

Compañeros, compañeros, ¿Quién os mandó protestar? ¡Tenais libros profundos y Ciencia para estudiar, tenais un Sindicato si os queráis sindicat. Sindicato, cato, cato Sindicato Nacional de estudiantes sindicados por su propia voluntad. ¡Ay, compañero mío! alumno de Facultad, déjate de tarambainas, prepárate a opositar...

DECLARACION ANTE LA POLICIA

Ministros de la Justicia nos fueron a consultar por la tarde a dos o tres por la noche a los demás, y en sótanos, mientras tanto, bajo la Puerta Solar nos tuvieron cinco días sin poder comunicar.

En Madrid, a veintitantos en la Brigada Social el que firma más abajo ante Nos va a declarar que estudiaba lenguas vivas y la Ciencia Teológica Numismática y Alquimia y Física Nuclear Astronáutica e incluso Ética Trascendental; que se acostaba a las ocho por la Radio Nacional y que escribía poemas de la angustia existencial. Que estando matriculado en la misma Facultad que Julián y que Pacheco que Fernando y Abellán, recibió cartas de fuera en tono confidencial timbradas con treinta francos; malhaya el corresponsal; malhaya la mi fortuna y el Preboste Sindical; que la carta era inocente y así lo puedo jurar mas los hombres que la tienen la quieren desorbitar. Cartero que trae la carta no me vengas a buscar, tráeme tarjetas postales del Africa Ecuatorial de Colombia o de Guayana de Nigeria o Senegal pero nunca más de Francia porque pueden sospechar.

CORO DE ABOGADOS

Hemos visto los sumarios que queremos reformar aunque nunca se reforman según costumbre ancestral. Hay una bella leyenda perdida en la antigüedad que nos cuenta que una vez hubo reforma verbal. Mas dejemos la leyenda volvamos a lo real. Lo real es que estáis presos por propaganda ilegal. Artículo cuatrocientos dos del Código Penal, prisión menor sin fianza el hecho es fenomenal: dime todo lo que sepas que te la vas a cargar. «Yo no sé nada de nada, se lo puedo asegurar». Nuestras vidas son los ríos que van a dar al penal. Allí van los estudiantes allí los poetas van allí la lógica tiene su morada señorial, allí la Jurisprudencia encuentra también hogar Y en llegando todos son reclusos y nada más. Pintores tiene la cárcel pintores para pintar hombres detrás de las rejas de la Cárcel Provincial.

De lo que pasó en la calle cuando estaba en libertad, muchas horas han pasado vaya usted a preguntar a Darío o a Cambises y a la Grande y General Historia de las Españas que nunca se lo dirán. Allí pasó lo de siempre hubo una gran mortandad en las huestes de estudiantes y nada de lo demás. Falsas voces fementidas que nunca dicen verdad lleváronse este asunto al plano internacional.

ENTRA EL JUEZ

Y está aquí su señoría, ya llegó para acusar. Detrás viene el Secretario y más atrás el Fiscal. El auto tiene mil folios y otros mil que añadirán. ¿Se ratifica en lo dicho a la Brigada Social? Con sueño de una semana saliendo sólo a orinar ¿qué piensa su señoría qué podía declarar? Primero fui anarquista, anarquista sindical, más tarde fui orteguiano, lo fui para mi mal, y acabé siendo estudiante en la Cárcel Provincial.

Madrid, abril 1956.

La actual poesía española

• Viene de la primera página •

« Mi tierra yace más allá del agua ;
nunca mis ojos volverán a verla... »
La obra mayor de Emilio Prados se titula, significativamente, *Jardín Cerrado*. El poeta provoca constantemente la nostalgia de su jardín perdido. Se habla, en sueños :

« — ¡ Mi campo ! ¿ Morir sin ti... ?
« — ¡ Mi campo ! ¿ Morir allí... ! »

La obra en el destierro de Cernuda tiene el mismo acento, así así la de Quiroga Plá, la de Juan Rejano, la de Altolaguirre. Una motivación esencialmente española sigue uniéndolo al núcleo de poetas españoles en el destierro. Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Pedro Salinas han tenido una significación menos militante en el conflicto español. Optaron por no aceptar el régimen español actual, sin desdén los contactos de tipo intelectual que puedan ofrecerse en la península. Su actitud es encomiable en cuanto que han rechazado sistemáticamente cualquier llamada oficiosa que se les ha hecho.

La poesía en el destierro es, pues, una poesía de intimidad. Se refiere a una geografía soñada, a una juventud ida, a una manera de vida perdida para siempre. Vive en el espíritu de estos poetas una España que fué al mismo tiempo que su juventud. Evocan, en realidad, un momento dichoso en el que coincidieron su mocedad y una renovación político-social de su patria. Todo eso lo destruyó la guerra, el tiempo, la distancia. La lejanía corroe esa poesía, que se hace pesimista, desesperada. A través del mismo prisma ven estos poetas todos los acontecimientos del mundo. La explosión de fervor que los elevó al supremo heroísmo durante la guerra de España agonizó en el escepticismo ante la gran guerra, ante la política de contemporizaciones. Incluso los que, como Emilio Prados o Juan-Gil-Albert, simpatizaron con el comunismo, volvieron de sus ingenuas creencias. Por volver, el último volvió a España y todo. La generación de la esperanza se convirtió en generación del escepticismo. Lo ocurrido fué demasiado terrible. Todos los valores habían sido subvertidos. Por eso hace apenas dos años escribía Manuel Altolaguirre :

« No hay amor sin sospecha,
ni reposo sin miedo,
ni amistad sin codicia.
Quédate, mundo, adiós. »

El tono elegíaco, que no había sido la característica de esta generación, se ha impuesto finalmente en el destierro, con la madurez.

En España, sin embargo, las cosas adquieren un tinte más desesperado. Ocurre que las tropas de Franco ganan la guerra con la ayuda de los Ejércitos de Hitler y de Mussolini. La « Victoria », en el campo de la literatura, se convierte en una derrota irrisoria. El bando franquista está huérfano de poetas durante la campaña. Lo siguen algunos paniaguados. José María Pemán, Manuel Machado, varios católicos de segundo y tercer orden. Nada, casi. Unamuno ha muerto avergonzado, humillado, en Salamanca. Millán Astray, un general, había gritado en el Paraninfo : « ¡ Muera la inteligencia ! ». Al terminar la guerra, el franquismo sólo

tenía cárceles y hambre que ofrecer a la poesía. Miguel Hernández fué la más significativa de sus víctimas. Los que habían de surgir iban a romper con el régimen. Nada podían aprender de él. La primera ruptura se produce en el campo de la novela. Los novelistas que empiezan a destacarse, aunque hayan pertenecido a la zona franquista, se encuentran de repente del otro lado. Camilo José Cela es el más representativo. Su novela *LA COLMENA* no puede publicarse en España. Se imprime en La Argentina, pero es un éxito. Es la novela típica de la postguerra española. Sus ingredientes son la derrota moral, el hambre, la miseria, la prostitución. El hombre español está desamparado. No hay justicia, no hay verdad. Sólo desesperación. Le sigue Carmen Laforet con su principal novela, *NADA*, título que lo dice todo. Es también una experiencia de postguerra. Rencor, desesperación, necesidades, ruindad. El régimen no crea nada. Lo corrompe todo, lo manosea todo. Por este camino han de seguir los autores más en boga de la novelística española contemporánea : Dolores Medio, Elena Quiroga, Darío Fernández Flores, Ana María Matute, Suárez Carreño. La España de estos autores desmiente sin eufemismos la propaganda política, la mentira de la « liberación » y de la « victoria ».

¿ Qué pasa, entre tanto, con la poesía ? Es una incógnita porque las pequeñas revistas apenas si cruzan la frontera provincial. Algunos nombres van ganando fama ; José Hierro, Eugenio de Nora, Montesinos, Blas de Otero. También los que ya habían acumulado fama. El mayor de ellos, Alexandre. En torno a ellos, laborando día tras día en las pequeñas revistas, muchos otros. En Santander, en Valencia, en Málaga. Se puede decir que la mejor poesía de España está ahora extendida por las capitales de todas sus provincias, como desterrada de Madrid y sus jerarquías oficiales. Porque es una poesía refractaria, una poesía sin compromisos con el régimen, una poesía contra el régimen. Así está demostrado en la « ANTOLOGÍA DE POESÍA ESPAÑOLA » (1954-1955) que Aguilar ha publicado este año recopilada por Rafael Millán. Este es un libro aleccionador, un libro que despeja, por fin, una incógnita : la que tenía que ver con la tónica espiritual de la poesía española, en España, durante estos últimos años. Era fácil apreciar el clima de los poetas hispanos desterrados. Publicaciones frecuentes de toda América daban cuenta de su situación. Pero lo que ocurría en España apenas si trascendía afuera, con excepción de los corifeos de las consignas fascistas. Ahora nos llega un primer testimonio desde Madrid mismo. Nos llega pocas semanas antes de que los universitarios den la voz de alerta al mundo, señalen con su acción y con su sangre que no están con el régimen, que odian y combaten a la Falange.

La Antología que publica Rafael Millán se abre aleccionadoramente con un poema de José Carlos Gallardo titulado « Oración para pedir la vida ». Se publicó a últimos de 1954 en la revista « Caracola », de Málaga. Esta ciudad andaluza fué siempre un bastión de la poesía. Allí aparecieron revistas de tanta significación como « Litoral » y « Sur », donde los poetas de los años veinte se iniciaron. « Caracola » está indudablemente en « aquella tradición. Tanto, que hasta los nombres familiares de Emilio Prados y Altolaguirre figuran en ella. Una buena parte de la recopilación de Rafael Millán proviene de esa revista. El poema de J. C. Gallardo inaugura significativamente la selección porque sitúa en su más alta verdad espiritual a la nueva poesía. Así comienza :

« Aquí estamos después de tanta geografía,
después de tanto tren y tantas manos.
Aquí estamos nosotros,
los que asistimos un día al templo
porque nos daban pan y camisetas ;
nosotros los de los fusiles
en las jóvenes manos ateridas,
cuando no habíamos aprendido a maldecir. »

Nosotros,
los Manolos, los Diegos, los Franciscos,
los que tenemos un reloj de herencia,
los que tenemos que nos nazca un hijo
porque se acorta el pan y el sueño...
Y si decís « ¡ Pobres de España ! »,
aquí estamos nosotros.
Y si oís que alguien corre, perseguido,
nosotros,

los que oímos pedir pan para todos
y tenemos hermanos que se rien mien-
[tras morimos.

Aquí estaremos siempre,
nosotros,
los que esperamos día a día a que
[amanezca
para irnos al trabajo y beber algo
y olvidar que nosotros somos
los pobres de los pobres por los siglos
[de los siglos. »

Aislado en libro, este poema no tendría el carácter representativo que tiene. Pero más o menos intencionalmente, toda la Antología está sembrada de muestras parecidas. Aun sin alusiones a la guerra, al pan escaso, a la miseria, el tono de esta poesía española de hoy es de un tremendo pesimismo, de una desesperanza incurable. Tres o cuatro páginas después encontramos a otro poeta, Marcelo Arroita-Jáuregui. Veamos algunos versos de su *Carta abierta en la noche a Jesús Sierra*, recogida de la revista « Arkángel », de Córdoba :

« ..Y ver hundirse
como una flor tronchada por el vino
el mejor tiempo, el vacío que queda
de vida entre un segundo y un segun-
do. »
Dirás que un miserable, colectivo
lugar para vivir es nuestro sitio.

...Mas no es cierto :
yo recuerdo un gran cruce de palomas,
un cristal pululante de gorriones.
Aquí la muerte ataca con su sable...
Y las cosas pasadas no regresan,
pero el presente es hosco y el futuro
será falso también... »

No ofrecen resquicio estos poetas por donde atrapar un poco de esperanza. Es como si en España no se supiera lo que es eso. Sin embargo, nos encontramos ante los jóvenes, ante los nuevos, ante el futuro maduro de la guerra y de la « victoria » franquista. ¿ Qué ha hecho el franquismo con España ? El cementerio de la esperanza.

Detalles igualmente significativos de esta poesía de ahora son la alusión a los maestros espirituales desaparecidos. Rasgo curioso : apenas si encontramos el rastro de García Lorca entre ellos, pero son una presencia reveladora y constante los nombres y la influencia de Antonio Machado, de Miguel Hernández. Ya José Hierro, uno de los más claros poetas actuales, dedicó un poema hace años a la memoria pura del gran maestro de Soria :

« No sé quién te nos roba, quién te
[nos arrebató,
qué viento torvo roba tus canciones.
Junto al astro de plata brillan alas
[de plata.
(Baja la muerte desde los aviones.)
Y después sólo queda evocar, resig-
[narse,
cerrar los ojos, apurar la sombra,
cerrar los ojos, desencadenarse
en esa inmensidad que no se nombra.
Pero, tú, muerto. Tú, desterrado. Ta-
[llados
los mansos ojos en la piedra dura.
Para no ver. En piedra. Para no ver.
[Cerrados.
Para no contemplar tanta amargura. »

El rastro de Miguel Hernández es también muy profundo en la nueva poesía. Aquí tenemos algunos nombres :

Lauro Olmo, cuyos sonetos responden a la forma de Hernández en *El Rayo que no Cesa*. Salustiano Masó, que se inspira en el Hernández de los poemas de la guerra y de la cárcel. Pilar Paz Pasamar, que también incursiona por la apasionante región del soneto hernandiano. Y otros para los que la poesía y la figura del joven poeta-mártir deben ser como símbolos.

La Antología sigue ofreciéndonos hasta el final poemas reveladores de la queja del hombre acorralado. Veamos unas estrofas de esta carta que Manuel Pacheco le dirige a su amigo Alzina, probablemente en América, extraída de « Los Caballos del Alba », sin número :

« Los niños van creciendo, crecen,
[amigo Alzina.
¿ Qué lástima de pulpa que luego se
[envenene !
¿ Qué lástima de flor que se pudra
[en silencio !
¿ Qué lástima de música si de pronto
[enmudece !
Los niños van creciendo y crecen las
[ciudades,
y mueren las palomas y las fábricas
[crecen,
y crecen las cadenas y el hombre se
[nos pudre.
Todo crece en silencio y los hombres
[no crecen. »

No cabe duda que se ha creado un puente de unión entre la poesía de dentro y de fuera de España, entre los poetas de la península y los del destierro. Su clima común es la nostalgia de una forma de vida situada en el tiempo anterior a la guerra civil, en una España abierta a la esperanza y en la que era posible el diálogo, el trabajo, el amor, la fe. No queremos afirmar que el tono elegíaco, desesperado, es exclusivo de la poesía española de este tiempo. El pesimismo es una de las constantes en la poesía de todos los tiempos. Pero un pesimismo orgánico, algo así como una negativa a aceptar la vida de todo el mundo, como una manera de la originalidad. El que invade el territorio de la poesía española de hoy tiene un carácter más concreto, una causa que se intuye de inmediato. Su trasfondo no es el gusto rebuscado por la melancolía, el esnobismo a lo Baudelaire. Es de entidad social y tiene que ver con las condiciones sociales en que se desarrolla. Sus alusiones permanentes a las condiciones de la vida cotidiana, al espectáculo de la injusticia y de la mentira, demuestran su lucidez, denunciando de manera precisa los hechos. No se trata de una poesía social. No reclama la tierra para los campesinos ni el gobierno para los sindicatos ni la socialización de las fábricas. Se manifiesta espontáneamente como una realidad más de la situación económico-social de España. Da testimonio del hambre, de la miseria y de la ausencia de valores morales de calidad sobre los que apoyar una fe, una esperanza, una visión del futuro. El franquismo sólo les ha ofrecido un presente irrisorio en el que se sienten atrapados. Por eso el porvenir no les importa. Por eso se desesperan.

Benito MILLA.

El duelo, litografía de Delacroix.

SE DICE EN MADRID

...que el OPUS DEI ha entregado al gobierno una lista de 3.000 intelectuales españoles sospechosos de liberalismo...

...que ya no se muere por Dios y por España, sino por Reyes y por Alberto Aguilera, arterias madrileñas en donde tuvieron lugar los recientes choques entre falangistas y estudiantes antifascistas.

...que la clínica donde estuvo hospitalizado el falangista herido en esas refriegas es conocido por el « portal de Belén », pues que todos los enchufados iban a adorar al Niño.

...que el caricato Gila ha sido encarcelado a consecuencia de un incidente sobrevenido en su emisión de radio semanal.

...que en la emisión del tal Gila, terminado uno de sus sketches y al iniciar el siguiente, se oyó : « ¿ Es la cárcel ?... Qui... quisiera hablar con un preso que es amigo mío... »

...que, inesperadamente, sonó la música, para ser más precisos los acordes de Lili, y el locutor se hizo con el micrófono para anunciar : « Acaban Vds. de oír al gran Gila ».

...que, dada la popularidad de Gila, el incidente no ha pasado desapercibido al vecindario de Madrid y pueblos limítrofes y que la gente se ha quedado con unas ganas tremendas de conocer la continuación.



Un gran poeta italiano

• Viene de la página 16 •

ticas bromas — las canciones con que intenta sobreponerse a la náusea que le da el espectáculo del mundo —, se reitera el deseo de la muerte :

La mort de tout désir, de toute labeur, tout
[te pensés :
La sage bonheur, la glaciale sérénité
D'un cimetière de campagne par une nuit
[d'été.

Desde un principio, por un franciscanismo estético, por desdén de todo ornato, más que por culto al modernismo, abandona la poética del ritmo, sin que esto quiera decir que sus poemas son aritméticos, pues, por el contrario, tienen su música runcional, el aire del pensamiento. Y así vemos que, en el poema « Pressentiment », de 1940, hay una extraña melodía melancólica, digna, como el asunto, de Baudelaire, aunque no tenga la disciplina que el francés dió a sus alejandrinos :

Tu déposeras ta chair
Comme Léandre sa tunique au bord de
[l'Hellespont,
Et tu nageras dans le froid sous le ciel in-
[sensible,
La mort dans chaque vague aux aguets...

Fué poco tiempo después de escribir eso cuando, en mayo del 40, viviendo ya con nosotros, escribió sus « Huit gouttes de va-t'en-guerre », que, entre sarcasmos y quejas, nos recuerdan con clara precisión toda la vida de entonces :

Sans femme, sans travail, sans patrie,
Et des trois dans le cœur la déchirante envie.
Rien à faire sinon attendre
Et contempler
Le vaste vide de la vie...

Peu de jours, et puis on n'aura plus de
[pèze,
Plus rien à bouffer, plus de place où jucher.
Peut-être la Police viendra nous prendre :
En Italie on pense à nous fusiller.
Qu'il est beau le mois de mai,
Et nous sommes loin de notre amour
Nous avons élaboré un système
Qui pourrait sauver le monde.
Et patati, patata, patati,
Nous allons disparaître
Comme un pet de fourmi.

Mas, quizá porque el dolor es la fragua del espíritu, la grandeza poética de Baldelli, su mayoría de edad como auténtico vate, data del tiempo en que fué deportado a los antipodas. De entonces es su « De profundis », en el que su alma se remonta del infortunio a la visión del bien social para todos ; y en ese poema hay versos que entroncan su poesía de adolescente, en francés, con la de su edad madura, ya que dan un pensamiento mejor expresado luego en otro poema inglés :

Car qu'est-ce notre vie sinon un peu de
Entre deux ténèbres... [soleil
Un chant d'amour entre deux silences
Sus poemas — ingleses y franceses — nos revelan que fué a Australia con ese supremo amor, propio de amantes frustrados por las adversas estrellas, que se ha hecho sediento afán de amar. En 1944, vuelto hacia la imagen de una realidad perdida, escribió un poema de los más bellos que haya inspirado el amor :

Tu es le bon pain, fort et tendre,
Qu'on méprise parce qu'il est de chaque jour,
Dont on comprend, trop tard hélas, l'amour
Quand la bouche est pleine de cendre.

Quizá quepa decir que el amor hondo revelado en esos versos, inconfundible con los amours decadentistas y fantásticos que cantó en su adolescencia parisiense, fué levadura del pan poético que después nos daría a comulgar... Pero, antes de tratar de eso, diré que, al volver de Australia, trabajó demasiado en Inglaterra. A los estudios universitarios añadió los filosóficos, los psicológicos y los poéticos ; a todos ellos, la prolongada revisión del anarquismo, que le llevó a hacer un libro, quizá de pronta publicación ; a sus tareas de profesor de italiano, las de maestro de español, idioma que enseña ahora en un liceo de Southampton ; a todo eso, la frecuente colaboración en « Freedom », de Londres, « Volontà », de Nápoles, y la « Revue de Psychologie des Peuples », del Havre, y encima el tenaz esfuerzo con que ha llegado a adquirir un pasmoso dominio del inglés, como prueba su modo de emplearlo en dos difíciles obras : una de ellas, el drama de mineros que con éxito ha estrenado en un teatro « experimental » de Londres.

Si de algún tiempo dispuso, lo dedicó, probablemente, a hacer poemas de asueto — aunque no fáciles — en su italiano natal, que no parece tan dúctil como el inglés de sus versos. Algunos de esos poemas, se los publicó Gastaldi, el editor milanés, hace año y medio, en un volumen titulado « All'ombra del gufo ».

Son piezas cortas, meros apuntes o esbozos, principalmente de ideas, que quizá se desarrollen en poemas posteriores. Tienen, a veces, el tono de los de Foscolo ; dos o tres hacen recordar la melopea de las momias del cirujano holandés, en aquel terrible opúsculo con que Leopardi ahondó en el misterio de la muerte ; y, aun sin tener patrón rítmico la estrofa, muchos versos parecen de Carducci, por su galopante brío ; todo lo cual quiere decir que, por su tono — repito —, revelan que él pertenece a la más viril estirpe poética de su patria.

Mas su temprana preocupación de la muerte, esa frecuente cansera suya, ese presagio del fin, que a veces se le ha

miento, y en cuatro de ellos expongo mi intuición y experiencia de la guerra ; mas el primero, impersonal, me sirve para mostrar la estructura poética de todos ; otro revela el impacto del progreso científico moderno, mecanicista, objetivo, estéril, en el espíritu poético ; y el último muestra un ejemplo de apostolado social que, tras una defecación, se hace mística oriental, pero de esencia humana y cósmica.

Fué fortuna de Inglaterra que Baldelli, el italiano a quien deportó tachándole de enemigo, fuese hombre tan generoso, poeta de tan gran alma, que sin rencor, sin reproche, hizo su obra en inglés : un inglés pobre, sin duda, en la primera versión, pero rico, majestuoso, de púrpura y escarlata tachonadas de acieritos como gemas, cuando se da a la publicidad. En él no hay odio, sino comprensión y lástima, llanto por todos los hombres, aunque aplique a sus errores cauteños verbales dignos de Isaías o Ezequiel. Hasta se tiende a excusar de su error a cada hombre, de su cobardía a todos, y si se arenga a la especie, no es sin verla — como los trágicos griegos — víctima de su destino : por lo menos, de su falta de visión.

Su primer poema, titulado « El alcor de los amantes », es una égloga finísima, luminosa como un claro mediodía, sobre el tema de Adán, Eva y el Demonio Tentador : la pareja enamorada en el collado ; la insuperable, intraducible mención de

A flight of birds in the
[pellucid sky,
Their oaring wings
[aglow with sunken sun
— ese alto vuelo de aves igneas todavía, pero ya en occiduo sol, como ideales que

se pierden en el vacío mental — ; las ciudades tendidas por el llano, y, a la vera del varón, opuesta en reto a la mujer, la « osada sierpe del Pensamiento », tiesa, « erecta como un tallo de lirio », que se lanza a inocularle su veneno de inquietud y de ambición : el afán de ir a la Ciudad abandonando lo creado por afición a lo artificial, tan atractivo por el orgullo... Lo artificial tanto tiene de ensueño como de engaño. De ahí que el amante del primer poema se dirija a la Ciudad, que el segundo se titule « La Ciudad del Sol », que desde ella llame una catedral — la de Nuestra Señora de los Sueños — a todos los soñadores, y que, entre tanto, los gnomos subterráneos, nuestros duendes ancestrales, excaven, buscando los cimientos de esa ciudad... del futuro sobre la cual, antes de realizarse, caen las trombas de la Guerra, monstruosidad que, según traduzco, No sólo afilje los cuerpos

Y siembra con mano pródiga los campos de
[sepulturas,
Sino que afrenta a los dioses y escarnece
Desbarata toda fe... [los anhelos.

La Ciudad del Sol, « dudosa », es deshecha una vez más, pospuesta en la lejanía, por los implacables duendes — tan semejantes a los Temores que en su « Emperador Jones » presentó O'Neill — y por la Guerra, llamada « la anti-Madre » por Baldelli. Pero, en el tercer poema, la « matriz mística de la especie » está de parto otra vez, y de nuevo está el Hombre frente al Alba. Es inútil que, al principio, el poeta se asegure que la esencia del mundo está, palpable, En el plasma pecador
Reticulado de crimen,
y se aconseje a sí mismo, superviviente de la catástrofe :

Ten fe en tu hondura, fe en el silencio
Que guareza de la guerra
La columna de tu voz ;
inútil es, porque el Alba le hace cantar la resurrección, el manso desbordamiento de la sangre de las madres, afluente a los varados corazones egoístas ; Y qué eclosión de lirismo, la de los versos que exaltan el renuevo de la Vida ! Tan sólo esta « belleza del Tiziano profundamente dormida », la del « vientre lunar y

senos pródigos palpitantes con ritmo inalterado », « sólo la moza durmiente es cierta », y lo demás, lo surgido de nuestro orgullo y angustia, fementida « envoltura de la Nada ». Este saber nos vuelve al « Elysean lawn », a la pradera de asfódelo, al alcor de los primeros amantes... Pero en la fuga siguiente torna el tema de « muerte y destrucción » : es un terrible Dies irae, rudo y machacón de ritmo, como el salmo medieval ; y en él parece que la física de la más yerta materia, la indómita rigidez, la « cólera mineral », se ha hecho ciega destrucción por culpa del Hombre Mago, de este brujo engreído en cuyo pecho

No queda más que el espectro
De un músico condenado
Por sí a bailar con la arritmia
De las descargas eléctricas.

La espantosa poesía de esta fuga hiel la sangre en las venas, paraliza el pensamiento, hace sentir « el temor de la máquina en los huesos ». Y luego viene otra égloga, de origen muy personal, que evoca el beso de dos amantes entre quienes cae la Guerra y, como un hacha, los separa por ser hijos de pueblos antagónicos. Pero el remonte del pensamiento es genial, como absoluta es al fin, aun en la misma resignación con que se acepta la pérdida, la fe en el beso que dió sentido a la primavera. Y, además, ¡ qué galanura de lenguaje ! En los poemas italianos y franceses de Baldelli, la aliteración no es más que un ágil juego de palabras :

Giran girandole girandoli ;
en los ingleses es poético conjuro, y especialmente aquí, al decirle al Hombre :
How came you to believe
You ewre the warmth, the wand, the word,
Waking the world to wonder ?

Lo de menos es que quiera decir, en castellano, « ¿ Cómo viniste a creer que tú eras el calor, la vara mágica, el verbo, que el mundo animó al prodigio ? » Lo importante es que su mágica insistencia en el empleo de la W nos infunde el asombro que encontramos en la palabra final.

El sexto poema, « Mirando al cielo », está a la altura del mejor de Leopardi, sea éste « La retama » o sea el « Canto nocturno de un pastor errante en Asia », aunque el de Baldelli es más pobre en ritmos formales. Aquí, hasta el celeste azul, « los helados cristales de nitrógeno flotando placidamente entre átomos encendidos », tiene todo el peso trágico de la cuchilla mortal. No sé de nadie que, en prosa o verso, haya visto y condenado con tan certera intuición, tan penetrante vaticinio, esta ciencia sin conciencia, este saber sin sabiduría, esta mecánica intelectual que nos tiene en locura permanente desde que impera en el mundo el « hombre fáustico » de Spengler : el necio Brujo que le vendió el alma al Diablo... La desdicha de haber hecho del hombre curiosidad de Dachau, « signo de interrogación » ; la de tener que reconocer que

Perdimos el todo por la parte,
La parte por su cifra,
fuerza a Baldelli a encararse con la luz — la luz que ofusca, símbolo claro de esta ciencia — y preguntar : « ¿ Qué tonelaje de destrucción lanzas por año, y aun por segundo, a mis ojos ? » ; para luego hacernos ver que esta ciencia en constante aberración, sin entrañas de subjetividad, es el espíritu de la muerte : más que el Angel, el Dios Exterminador.

El poema final es un relato de pesadilla : el Hombre ido a la Ciudad, se hizo demagogo en ella — ¿ no habló Balmes del cobarde valentón ? —, pero después traicionó a las masas, aunque sólo fuera en sueños, y allí, por más que las rehuya, vive temiéndolas, hasta sentirse en la cruz de su traición, toda tortura de conciencia. ¿ Pero qué es la conciencia, sino concordia, consenso, moral forjada por nuestro sino común ? Lo que teme el traidor de este poema es el dolor universal, del que ha querido eximirse ; y al dolor universal ha de volver para salvarse como hombre. Su redención está en el llanto, en la lluvia, en las aguas, en el mar de lo humano confundido con lo cósmico. En tal mar de comunión se pierde, al fin, y se recupera. Las negras nubes de culpa se hacen espuma de luz ; en esta luz de Tabor se transfigura, se abrasa, la ciudad ; queda en la noche un olor de lirios, y en la nada, « the melody in repose ». Así acaban fuga y libro. Su lector, volviendo en sí, ya se enjuga el sudor frío de esa final pesadilla, ya las lágrimas ardientes de un espíritu mejor, dice, angustiado, pero contento de gratitud : ¡ Qué poeta, qué anarquista, este Giovanni Baldelli ! J. DE LOSA.



Recobrada la salud en la isla de Wight, Baldelli publica su magistral libro « Seven Fugas ».

hecho anhelo, siempre fué de mal agüero, pues los poetas auténticos se anticipan a los médicos : sin querer, revelan hoy de sí mismos lo que acaso se verá de aquí a diez años. Hace poco más de uno, me escribió para decirme que la tisis le obligaba a descansar... Por fortuna, fué llevado a un sanatorio de la isla de Wight, y allí logró recobrar, ojalá sea del todo. Pero no sabía yo que estaba en casa de nuevo hasta que en marzo recibí su libro inglés « Seven fugues », publicado por la Fortune Press, de Londres, en su colección poética, que tantos poetas nuevos — Jorge Woodcock, por ejemplo — nos ha dado a conocer desde que acabó la guerra.

« El título SIETE FUGAS — dice el mismo Baldelli — es justificado por el hecho de que los siete poemas largos que constituyen el libro tienen una estructura derivada de la fuga musical, modelo seguido rigurosamente en unos, con alguna holgura en otros, y que, a mi modo de ver, ofrece pluralidad y entrelace de motivos, capaces de suscitar emociones poéticas distintas de las que cupo lograr con los recursos tradicionales.

Sus palabras encierran gran verdad, pues el lector de las « Siete fugas » halla en ellas variaciones sobre un tema, todas en distinta clave, crecientemente complementarias. Cada poema nos ayuda a entender bien los demás, y la tremenda impresión que causa el último es, en gran parte, debida a que el lector ha pasado por los seis ejercicios espirituales de las fugas precedentes. Cuando uno escucha a Casals, siente que aumenta su poder de captación, porque la magia del músico templea el alma del oyente, nervio a nervio, como antes ha templado el cello. La lectura de estas fugas produce parejo efecto. Pero al instante : tan pronto como uno atiende al raro encanto verbal con que empieza la primera, que parece concebida por Coventry Patmore y cantada por un Shelley, no con ritmos de música o poética, sino de vida verbal, de emoción y pensamiento.

« Los siete poemas — sigue Baldelli — fueron concebidos y originalmente escritos, en Australia, durante mi interna-

MILLY WITKOF-ROCKER



LEGAMOS de distintos mundos, de dos mundos que no sólo no tenían ninguna relación entre sí, sino que se hallaban extrañamente distanciados, como la pequeña villa de Slotopol, en Ucrania, y la antiquísima ciudad junto al Rhin en que yo nací. ¿Cómo y por qué nos reunió la vida? El cómo podría quizá tener una explicación, pero el por qué es insondable como la vida misma. Lo que llamamos « sentido de la vida » no es sino el sentido que nosotros le atribuimos, las conexiones íntimas de nuestra existencia, que sólo se pueden captar lógicamente; mientras la vida, sin lógica alguna, está llena de contradicciones y de oscuros enigmas. La lógica es, simplemente, un medio auxiliar del pensamiento humano, que no puede moverse sin muletas: da un sentido a todas las cosas, pero no es sino el resultado de una representación de deseos y no tiene mayor significación que un fuego fatuo en el desierto. Pues, en realidad, la lógica más sutil, obra del hombre, es imperfecta como el hombre mismo. El pequeño fragmento de tiempo que podemos llamar nuestra vida no se deja calcular de antemano y, en el fondo, no es más que lo que nosotros, u otros por nosotros, hacemos de él. En este terreno difícil caben las presunciones, pero no la menor certeza.

Así nos ocurrió a Milly y a mí: nos encontramos y, aunque cada uno de nosotros procedía de una esfera extraña, construimos nuestro mundo propio. Eso y sólo eso fué lo esencial en la ligazón de nuestra vida.

Cuando conocí a Milly, hace sesenta años y en Londres, pertenecía al grupo « Arbeiter Frain » y trabajaba en favor de su causa todo cuanto podía. Milly, que por su origen era un carácter profundamente religioso, halló en Inglaterra un ambiente muy distinto del de la vida judía en la pequeña ciudad ucraniana. En los célebres *Sweatshops* del gran ghetto, donde debía ganarse el pan escaso, trabajaba a veces — cuando era preciso hacerlo — el *sabbat* y realizaba muchas cosas que no coincidían con los principios propios de la religión judía. La muchacha se resistía a ello, y, por esa causa, perdió a menudo su trabajo y conoció en alguna ocasión la penuria. Entonces comenzaron a aparecer en ella las primeras dudas, por su carácter ineludible, pues que todas las cosas a medias la repugnaban...

El azar quiso que en el pequeño taller en que trabajaba fuera admitido un activo militante del movimiento libertario de la parte oriental de Londres, y en las conversaciones que éste tenía con otros, escuché Milly por primera vez cosas que le eran totalmente extrañas, pero que causaron en ella honda impresión. Especialmente cuando aquel obrero habló sobre las causas verdaderas de la espantosa miseria — que hacía entonces del ghetto un infierno —, se le abrieron los ojos. De ese modo inició en su espíritu una gran transformación que no volvió a dejarla en paz: reconoció las contradicciones del sistema que forjaba cadenas para millones y, lo mismo que antes la religión, las nuevas ideas quedaron hondamente grabadas en su alma. Milly era una de esas raras personas capaces de pensar no sólo con el cerebro, sino también con el corazón. Devoró, pues, toda la literatura libertaria que cayó en sus manos y halló así un nuevo campo — que ya no volvió a abandonar — para su impulso interior.

Cuando llegó a Londres en su primera juventud, se privó de todo hasta que, al cabo de tres años, pudo hacer llegar de Rusia a sus padres y a tres hermanas, y consiguió instalar para la familia una modesta vivienda. Sólo quien vi-

vió las increíbles condiciones de trabajo del ghetto de Londres puede apreciar el valor de ese gesto, cosa del todo natural en Milly y que ni siquiera merece mención.

Estuvimos unidos más de cincuenta y ocho años sin que nada pudiera jamás destruir nuestra felicidad. Había en nuestra vida algo que difícilmente se puede escribir: una suerte de templo oculto de cuya entrada silenciosa sólo nosotros poseíamos la llave. Cuando recuerdo hoy, en las horas solitarias, aquel tiempo precioso, vienen involuntariamente a mi memoria las palabras de la mujer de Auban en *Los anarquistas*, de Mackay, que, preguntado por una cabeza huera sobre lo que había hecho para la dicha de la humanidad, respondió con ligera ironía: « Mucho. Yo misma he sido feliz ». Lo mismo podíamos decir cada uno de nosotros. En verdad, aquellos que se sienten llama-

para ello sería necesario un trabajo especial. Baste indicar que ha participado en las distintas luchas y ensayos constructivos del proletariado judío en Inglaterra y se encontraba doquiera intentándose una tarea útil y necesaria. Tomó parte igualmente en todas las reuniones internacionales que tenían lugar entonces en Londres, y su notable actividad en la gran huelga de los portuarios londinenses — en la que, junto con otras mujeres, cobijó a algunos centenares de niños de los obreros en lucha —, puede citarse como una de las demostraciones más vigorosas de la solidaridad internacional. En Alemania halló un amplio campo en las filas de la *Freien Arbeiter Union*, y fué ella la que dió el primer estímulo para la fundación de la *Syndikalistischen Frauen-Bundes*, organización que estuvo representada en todos los congresos de la F.A.U.D. y prestó grandes servicios al movimiento

por

RODOLFO ROCKER

dos a crear una felicidad general y abstracta, fueron hasta aquí los peores enemigos de la dicha humana, porque intentaron forzarlo todo en favor de su felicidad según un determinado cartabón universal, ignorando que la felicidad impuesta no es sino esclavitud dorada. No hay dicha posible sin libre elección: lejos de perseguir para todos una felicidad uniformada, se han de crear las condiciones que hagan posible a cada cual hallar su dicha personal y, sin dañar a otros, organizar su vida como mejor le plazca.

Nosotros tuvimos que soportar más de una desdicha y más de una perfidia del destino, pero conocimos también horas gratas que no se pueden comprar con ninguna moneda. Cuando, nos reuníamos al terminar la jornada, leía a Milly lo mejor y más hermoso que tenía a mano, y en el curso de los años hemos disfrutado así de muchos centenares de libros de todos los pueblos y todos los tiempos. De ese modo se desarrolló un estado de ánimo que nos dió la sensación de pureza interior: en vez de aburrimiento, hallamos en todo instante lo que nos elevaba hacia la vida más hermosa y más rica de contenido.

Si Milly hubiese estado siempre conforme con lo que yo expresaba, no se habría podido hablar nunca de tal armonía. Pero su inteligencia innata la llevaba a formarse una opinión propia sobre todo y sabía sostenerla con mucha habilidad. Cuando en tales ocasiones nuestra conversación se volvía apasionada, comenzaba repentinamente a reír, me abrazaba y exclamaba llena de alegría: « ¡somos una pareja singular! ». Reíamos luego ambos de todo corazón y nos alegrábamos de nuestra vida. No hemos necesitado buscar nunca en la lejanía el pájaro azul, pues habitaba con nosotros bajo un mismo techo, y lo sabíamos.

Milly, debo añadir, era una mujer a quien repugnaba todo lo feo y vulgar: como una madre amorosa, hasta en sus años maduros, estaba siempre rodeada de jóvenes que la veneraban y la amaban profundamente. Dondequiera que hayamos vivido, nuestro hogar fué siempre un punto de reunión de seres de las razas y nacionalidades más diversas, en el que todos se sentían a gusto y al cual Milly sabía dar aliento y calor espiritual.

Sobre su actividad múltiple y de tantos años en el movimiento libertario apenas se podría decir algo aquí, porque

sindicalista revolucionario en Alemania.

Mujer valerosa, no renegó de sus concepciones en el período de la primera guerra mundial, ni tampoco en otras muchas oportunidades. Ante el decreto según el cual los emigrantes rusos en Inglaterra habían de ingresar en el ejército o ser deportados, Milly ocupó su puesto en el movimiento de protesta y fué encarcelada. Poco después, el defensor que se le nombró de oficio comunicaba a la comisión encargada de su caso que lo intentaba todo — sin conversar con ella — para descargarla de su culpa. Milly tuvo conocimiento de esa exposición durante el juicio, y se apresuró a protestar diciendo: « Agradezco a mi defensor su buena intención, pero creo que en las actuales circunstancias una declaración franca de mis convicciones íntimas es más valiosa que las consecuencias que pueda depararme; pues la voz de la conciencia es el foro supremo que decide entre derecho e injusticia ». Su confesión valerosa le valió dos años y medio de prisión, pero hasta sus jueces tuvieron que testimoniarse respeto.

Dos seres a los que la vida reúne tan felizmente y están asociados tantos años, se fusionan poco a poco entre sí. Este era nuestro caso, y, dondequiera que sonaba el nombre de uno, sonaba también el del otro. Eramos, como solía llamarnos a menudo en broma nuestro amigo español Tárrida del Mármol, una « pareja romántica ».

El que tuviese que llegar la hora en que uno u otro hubiese de despedirse primero, era inevitable. Pero esto es lógica fría que no puede apaciguar el dolor interior. Yo sólo sé que con aquella mujer magnífica se ha ido de mí algo que nada podrá reponer. Y no sólo yo, sino todos los que la hemos perdido, pues con Milly ha desaparecido una de las últimas combatientes de la vieja guardia que dió sesenta años a una causa, a una idea que no morirá mientras haya seres humanos sobre la tierra.

Lo que ha sido para mí, no puedo decirlo, pues hay momentos en que las palabras pierden su sentido, porque no pueden expresar lo que hay en lo más profundo. Y es bueno que así sea, pues el dolor interior no es un objeto para las exhibiciones públicas. Yo no tengo siquiera el derecho a quejarme, pues he recibido largos, y, sin embargo, tan cortos, años de nuestra convivencia, y en ellos lo mejor, lo más hermoso y más



Rodolfo Rocker.

puro que ha sabido dar esta noble mujer en tan rica plenitud. Por eso debo estar agradecido a mi destino.

Y como vivió, murió: valerosa, resignada, sin quejas. Durante los últimos diez meses estuvo frecuentemente enferma; se reponía, pero sus fuerzas fueron disminuyendo de modo visible. El médico entraba más a menudo en casa que antes, y ciertos períodos de mejoría nos daban nueva esperanza. Durante los últimos meses de su vida fué mortificada por las dificultades respiratorias y, según el médico, padecía una esclerosis de la arteria coronaria. Tengo la sensación de que ella sospechó que estaba ya en las sombras de la muerte, pero ocultó su estado para no darnos preocupaciones. Así era. Un día, sintiéndose algo mejor, me dijo: « De-seaba poder vivir todavía uno o dos años para ver cómo crece y se desarrolla nuestro pequeño Phil ». Quería a nuestro nieto con la mayor ternura. Sus palabras me impresionaron profundamente: creo que en aquel momento me había revelado toda su alma.

Las dos últimas semanas fueron de verdadera agonía. La respiración se le hizo cada vez más pesada, de modo que, la noche antes de su muerte, tuvimos que decidimos a llevarla al hospital de Peckskill. Sentí lo que llegaba y el corazón se me quedó como paralizado. Cuando Fermin, Polly y yo la visitamos a la mañana siguiente, la encontramos en la cama rodeada de una carpeta de oxígeno. Sonrió ligeramente cuando entramos en su habitación y me pidió que levantásemos la cortina. Nos besó tiernamente y, al ver que Fermin estaba algo abatido, le dijo: « Por qué estás triste, querido hijo? No debes preocuparte ». Luego echó sus brazos a mi cuello y me dijo con voz débil pero clara: « Lucharé hasta el fin, querido mío ». Estaba muy agotada y nos besó con gran efusión. Luego hundió la cabeza en la almohada y sus ojos se cerraron lentamente. Dejamos, mudos, la habitación para que descansase. Cuando volvimos a entrar, dos horas después, la encontramos en la misma posición, ya sin conciencia. El médico nos dijo que sus pulsaciones disminuían notablemente. Una hora después había exhalado el último suspiro. Murió el 23 de noviembre, y el 27 fué incinerada. Fué siempre su deseo, pues habíamos algunas veces de ello, que se la quemase. En una de esas ocasiones dijo, medio en broma: « Al muerto le es igual lo que se haga con él, pero encuentro que el ser consumido por las llamas es más hermoso, pues que el fuego es un elemento puro, mientras que la perspectiva de ser comido por los gusanos en la tumba es fea y repugna a mis sentimientos ». Así es. Y como hemos vivido unidos casi seis decenios, cuando llegue mi hora mis cenizas se reunirán con las suyas.

La noticia de su muerte se esparció rápidamente por los distintos continentes. De todos los rincones de la tierra me llegaron condolencias de viejos amigos, de grupos libertarios, de sindicatos y otras corporaciones, y cuantas buenas palabras se han dicho sobre Milly fueron un bálsamo para la herida que seguirá manando todavía mucho tiempo. Me siento feliz de poseer tantos fieles amigos, los cuales aligeraron el abandono en esta hora grave de mi vida, y a todos les ruego que no tengan ninguna preocupación sobre mi porvenir. No estoy desesperado ni moralmente que-

• Pasa a la página 15 •



Milly Witkof-Rocker.

RENAN Y UNAMUNO

• Viene de la página 4 •

da lo prueba, aunque no es difícil suponer que en ello no encontró agrado. La serenidad de su pensamiento razonable, no toca los límites de la honda pasión pascaliana, de la agonía constante de Unamuno ni de la desesperación ante el vacío del suicida Kierkegaard. Por ello, dice Unamuno, no sin visos de razón:

« Para alimentar la trágica añoranza de su fe infantil dedicóse a la pesquisa y en guisa de la verdad, para la que, en conjunto, creía, está poco hecha la especie humana (*Hist. del pueblo de Israel*, libro V, cap. XVIII). Y es que, buscándola, temía la verdad. Sabía, acaso, que si quien ve la cara a Dios se muere, según las escrituras (*Jueces*, XIII, 22), el que encuentra a la verdad entera y desnuda y se casa con ella, se vuelve loco de desesperación. Y él la buscó por partes y con veladuras en la Historia. Toda su filosofía fué una filosofía histórica; en el fondo muy triste » (*De esto y de aquello*, III, 313).

Renán, que, al no descubrir la verdad absoluta, busca refugio en la duda, si no consuelo, debió tal vez sentir desesperanza no escasa en algún instante, al ver ante sí eterno vacío y que nada colmaba el ansia de su espíritu ávido de saber.

Renán, por otra parte, dado a la política, es decir, dotado de fe en la política, no halló tampoco en este aspecto punto estable. Por eso Unamuno puede decir:

« En su carta a Strauss, cuando la guerra del 70, se preguntaba si Bismarck era filósofo, si veía la vanidad de todo lo que hacía sin dejar de trabajar con ardor en ello, o si no era más bien un creyente en política, un iluso de su obra » (*Ibidem*, 315).

He aquí el escepticismo renaniano llevado al último extremo. Duda de sí propio y de los demás. Unamuno concluye:

« Tal fué la fe religiosa, científica y política de aquel sacerdote trunca-Their oaring wings aglow with sunken sun

mentira consabida y consentida, que huyó de la germánica « pedantería del atrevimiento » (*Pedantisme de la hardiesse*) — se refería a Feuerbach — y que, sonriendo, con los labios de boca amargada por el pasto de la tragedia de la Historia, alimentó los ensueños de los que sienten el vacío de Dios Hombre, de los que ansian congojosamente pensar y ser pensados por las eternidades de la eternidad » (*Ibidem*, 315).

Es posible que Unamuno no haga siempre justicia a las ideas de Renán, que se cierne a gran altura y nada tiene de trivial. En todo caso, al menos en los dos últimos artículos citados, lo trata con extrema indulgencia. Tal vez sea el pago por haberle servido de pretexto para escribir varios artículos, no exentos de calidad artística y ricos en ideas (Cf. todavía: *Agonía del Cristianismo*, 15 y 87; *Contra esto y aquello*, 27).

J. CHICHARRO DE LEÓN.



Rincones de Paris: La isla de San Luis.

MEMORIA DEL VIENTO

(Viene de la página 2.)

Todo sale mal en este barracón esta tarde, bajo este viento. Hablar, recordar, pensar... Todo conduce al mismo centro de tristeza y desesperación. ¡Qué laberinto!

Insisto sin convicción:

— No tenemos remedio si no levantamos un poco el ánimo. Para otros ha resultado peor la aventura.

— ¿Pero tú puedes olvidarlo? Yo tengo los ojos llenos de muertos. En el viento sigo oyendo aquel vertiginoso silbido de los proyectiles ciegos en los amaneceres de la guerra, buscando el cuerpo cálido donde incrustarse como un cuerno. No era miedo. Te aseguro que nunca di un paso atrás sin que llegara la orden. A veces hasta quería

morir también. No era miedo, ni siquiera la inseguridad de la justicia de nuestra causa. Entonces, por lo menos, estaba seguro de eso. Pero aquellos hombres jóvenes que uno veía morir todos los días me aseguraban ya de la inutilidad de la derrota o de la victoria. Todo iba a ser lo mismo para ellos. ¿Por qué debía ser diferente para nosotros? Y ahora creo que el viento que levanta la arena de la playa es el mismo de aquella noche y que está vaticinando más desgracias todavía.

No puedo más. De una patada largo las mantas al fondo del catre y pongo los pies en el suelo. Siento un escalofrío. El viento no ha cesado. El frío tampoco. Todo el barracón está en silencio. Hay colgajos por todas partes y el olor es agrio. A través de las rendijas se adivina un cielo plomizo, sin esperanza. Muge el mar.

De pie, con una manta sobre los hombros, le digo a Lázaro:

— Me voy a ver el mar.

— Tendrás que ir muy lejos para verlo sin porquería.

— Iré de cualquier manera.

Al abrir la puerta el viento embiste como un toro. Gritan desde dentro, pero no entiendo lo que dicen. El viento y el mar levantan un fragor cósmico. Corren remolinos de arena, rápidos como encrespadas serpientes parduscas. La espuma acarrea inmundicias. Por todos lados, sobre la playa, excrementos, resaca. Aún no hay letrinas habilitadas. Tiene razón Lázaro. Como cerdos. Solo en la playa, como un naufrago. Pero somos aquí más de cien mil naufragos. Al otro lado del arroyo están las mujeres y los niños exactamente como nosotros. Toda la sangre de España... No hay duda, la razón es de los pesimistas como Lázaro. Pero, ¿qué podemos hacer? De pie sobre la playa miro hacia las montañas cubiertas de nieve, España, toda la sangre de España... Sangre de sufrimiento, como siempre, para siempre.

SERGIO ROMERO.

LIBROS RECIBIDOS

• « L'Arbre de Guernica », de Shevawn Lynan, ed. du Seuil, París, 1956.

Interesante novela cuya autora, joven periodista irlandesa, conocedora de España, donde estudió algunos años, relata, con amenidad y emoción, episodios diversos de la guerra civil y la resistencia antifranquista. 280 páginas, 600 francos.

• « Les Apatrides », de Victor Alexandrov, ed. E. Flammarion, París, 1956.

Una novela, o, mejor, un excelente testimonio que retraza la odisea de un desterrado del Este errante a través del mundo y con ansias de lograr, en la paz, una nueva razón de existencia. 300 páginas, 600 francos.

• Homenaje a Eugen Relgis », ed. en Montevideo por la Comisión patrocinadora de su candidatura para el Premio Nobel de la Paz.

Documentado libro acerca de la labor del gran humanista rumano cuya vida ha sido enteramente dedicada a la defensa de la paz y la fraternidad universal. La obra consta de más de 100 páginas y recoge muy interesantes juicios. 100 páginas, 290 francos.

• « Sinfonía Infinita », de Volga Maicos, París, 1956.

Después de su excelente homenaje a García Lorca, Volga Maicos publica esta nueva obra poética que, intitulada « Odio de ultratumba », contiene diversos cantos merecedores, por su hondo sentido moral, de sincero elogio. 100 páginas, 290 francos.

• « La coopération en France », de François Boudot, Ed. Ouvrières, París, 1956.

Inicia la colección « Vous connaissez » un volume de señalado interés desde el punto de vista informativo, pues apenas se conoce, no ya su influencia en el mundo del trabajo, sino la importancia actual de la cooperación en la vida económica. Este libro, prologado por Marcel Brot, presidente de la Alianza Cooperativa Internacional, estudia la experiencia francesa a través de sus 600 cooperativas de producción y una red de cooperativas de consumo con 2.700.000 miembros. Más de 100 páginas, 285 francos.

NOTA DE REDACCION

HACE cerca de tres años, con el propósito de darle un carácter ecléctico y alcanzar al más amplio público, surgió la idea del Suplemento de « Solidaridad Obrera ». Su aparición, en enero de 1954, fué recibida con simpatía, aunque también, por parte de algunos, con cierto escepticismo. Pasado el tiempo, la obra iniciada por esta publicación fundamentalmente libertaria se ha ido afirmando, cada vez con mayor número de lectores, hasta tener — podemos decirlo con satisfacción — asegurada su existencia. Hoy, pues, cumplido el propósito inicial, damos por concluida nuestra misión.

Los meses, años incluso, transcurridos en íntima comunión con los lectores a través de estas páginas, justifican, a modo de despedida, las presentes líneas. Su objeto es simple: señalar el reconocimiento que merece la constancia, manifestada a veces con el mayor desvelo, de esos mismos lectores, gracias a la cual ha sido posible el afianzamiento y la popularidad de la publicación.

Por otra parte, es preciso expresar aquí nuestra mejor estima hacia los amigos que, desde distintos horizontes, contribuyeron con su colaboración desinteresada — como Juan Andrade, J. Chicharro de León, A. M. del Carpio, García Tella, Miguel Sesmero, etc. — a realizar el prestigio del Suplemento y colocarlo, por diferente de las demás, en lugar destacado entre todas las publicaciones de la emigración.

Corresponde asimismo dejar constancia de la ayuda valiosa prestada al Suplemento por la colaboración asidua de los compañeros Francisco Pío, J. M. Puyol y Fabián Moro. Y finalmente, por ser de justicia, hemos de mencionar la eficaz asistencia, con frecuencia más importante que nuestro propio trabajo, de Antonio Tellez.

Gracias, gracias a todos.

F. GOMEZ PELAEZ.



San Barnabá, óleo de Jean Eva.

" POEMAS DE MADRID "

de Alfonso Camín

L EYENDO a Camín se yergue ante nosotros el pasado del cual conservamos en la memoria, como estratificado, un poco de añoranza. Revive aquel tiempo en que la vida y el mundo eran nuevos para nosotros, momentos de ilusiones y de sueños, en los que surgía, con savia estimulante, la canción interior de los años mozos. Canción que arrullaba esperanzas volanderas, incitándonos a derrochar vida, a derrochar acción. El poeta que sembró galanura en los surcos de los años con la bandada de alondras que son sus versos, con la riqueza policroma de sus imágenes, va desplegando ante nuestra mente su mundo sensitivo impregnado de reciedumbre ibérica junto al universo insondable que todo poeta lleva consigo. Con su rima cálida, generosa en color, diluye la miel de un cerebro que se « da », corroborando esta definición de Víctor Hugo : « El aveol es el verso, la miel es la poesía ». Y con uno y otra va desnudando un alma, la suya, alma recia hecha de peñascos asturianos y de castellanas campiñas onduladas.

Navegante sin reposo sobre los mares de la Tierra y sobre los de su conciencia, va cantando y contando la íntima aventura de su vida en esta compilación de *Poemas de Madrid* que es como una recopilación de años en la cuenta de su existencia. Lanza a voleo, generosamente, flores y estrellas, soles luminosos y lunas pálidas y ardientes. Con el pretexto de su recia lira, el bardo asturino expone su intenso sentir sin concesiones al prejuicio secular, y traza así un arco iris gigantesco con el pincel de sus ardores en el piélagos inmenso que es su mundo sensitivo.

Describiendo acciones o paisajes, sentimientos de amor o de rebeldía, Camín es siempre directo, contundente. Recio temple propio de la recia Iberia...

Veamos, si no, entresacando algún botón de muestra sin mucho escoger :

« A la pasión los goces y al huracán las olas,
me agradan las mujeres igual que las mareas
que van y vienen, rugen y se deshacen
[con solas. »

o bien :

« Un trueno de odios gachos
resquebraja el pulmón de la Meseta,
y un viento de reptiles
con sus chirridos de visagras viejas,
en nuestros pies — los de la España
[libre —
como alambres metálicos se enredan. »

« ...nunca miró Castilla
más amapolas sobre las cunetas,
amapolas de sangre,
no amapolas trigueras. »

Camín entra en el corazón del paisaje, cuyos latidos transforma en emociones, las cuales va escanciando en sus poemas, no profundos en el sentido filosófico, pero sí en el color y en el calor que deposita aun en momentos serenos y calmos :

« Cuanto más sencillo,
corazón, te quiero.
Sé como el tomillo,
sé como el romero.
sueña eternamente,
corazón callado. »

Sé como la fuente
que mana en el prado... »

Aquel mundo de nuestra adolescencia escondido misteriosamente tras una selva de interrogantes, resurge con la evocación antañona de Camín. Ese mundo al que, queriendo asomarnos y conocer, envolvíale nuestra fantasía de un prestigio casi mítico. Cenáculos y tertulias literarias del Madrid de su tiempo ; personajes que brillaban en las letras, a los que, leyéndolos, pedíamos con ansia respuesta a las interrogaciones que en tropel fluían de nuestro cerebro en agraz, en nuestro loco deseo de hallar la verdad, esa quimérica verdad definitiva que parece nos sea necesaria para dejar de andar a tientas. Cuando de vez en cuando íbamos a « los Madriles » en pos de la aventura, ansiosos de descubrir la sociedad, todo ese mundo bohemio y trasnochador que el poeta evoca, se escondía entonces a nuestro deseo, causa acaso por la cual le atribuíamos originalidad, vida, convertida en esencia del espíritu, en el que ardentemente ansiábamos bañarnos. El sueño quedaba en eso, envolviendo nuestro cerebro como una red, gestando una suerte de mito suprasensitivo.

Todo aquello pasó de refilón, escondido tras el muro que no nos cupo en suerte trasponer... De vicisitud en vicisitud, de lucha en lucha, fué pasando el tiempo. Cambiaron los paisajes y cambiaron los hombres ; cambió el escenario y los actores en el retablo de la vida, y Camín, con ese cariño brusco (o con esa brusquedad que esconde los grandes afectos, propio de la idiosincrasia iberia), los hace revivir como engarzando diamantes en una diadema que ofrece a las generaciones presentes. Nos trae aquellos momentos con la galanura del cincelador de luceros enamorado del color de España.

Vemos al autor de este poemario, ya cuando aparece risueño, ya cuando se muestra sensual, ya cuando vibra anatematizador tronitrante, siempre lleno de ardor, de sinceridad y de llaneza.

H. MAZO.



Una estampa de Utamaro.

LAS CIENCIAS NATURALES EN LA PENINSULA

• Viene de la página 5 •

niso que recorrieron América.

El príncipe de los botánicos españoles fué, sin duda, Cavanilles, cuya *Monodelphic Classis dissertationes* es obra clásica en el campo de la botánica, así como sus *Icones et descriptiones plantarum*. Cavanilles modificó con singular acierto el sistema sexual de Linneo e impulsó con eficaz entusiasmo la investigación científica. A él se debió la publicación de los *Anales de Ciencias Naturales*, primera revista científica que apareció en España y que dejó de publicarse a su muerte.

A la influencia y ejemplo de Antonio Martí, ya citado, debió Mariano de La

contenido y forma al sueño, de modo que lo mismo puede hacer de él un acontecimiento luminoso o una pesadilla que aplasta la vida y la conduce al abismo.

Proseguiré, pues, luchando hasta que un día caiga el telón. Yo sé que no he malgastado la vida inútilmente, y, por eso, la muerte no me infunde espanto. Me siento bastante fuerte para hacer frente al destino como lo hubiese hecho Milly si yo hubiese marchado antes que ella. Pues, para mí tienen validez las palabras del poeta : « He visto muchos lamentos, muchas lágrimas en la vida, pero también mucha felicidad y bienaventuranza. He mirado hacia el abismo, donde sólo aparecen el horror y el miedo ; pero mis ojos han percibido la figura azul en la lejanía soñadora, donde vive el anhelo y la eterna esperanza. Estoy armado contra toda tormenta. El que ha sufrido y experimentado mucho no se quiebra como una rama seca en el viento ».

Y diré aún, para terminar : yo he dado a Milly muchas cosas que ha sabido recibir alegre y agradecida. Ella, en cambio, abrió en mi corazón una puerta que no había conocido antes, y que, sin ella, no se habría quizás abierto nunca. Por esa puerta llegó la luz del sol, la vida alegre y el sosiego interior, sin lo cual la vida se convierte en una caricatura. Indómita en la impetuosidad del tiempo, fué simultáneamente una madre tierna y feliz para nuestro hijo concebido en amor. Sólo así pudimos ser como hemos sido. Ella era una parte de mi vida y seguramente la mejor. La muerte pudo arrancarla de mi lado, pero no puede impedir que su figura animada continúe viviendo en mi corazón como precioso recuerdo de años pasados, hundidos ya en el regazo de los tiempos y que no volverán jamás.

Rudolf ROCKER.

Gasca su afición a la botánica. El aliento de Cavanilles completó la obra. Fué, quizá, La Gasca el naturalista español de más altos vuelos de su tiempo, con amplia y completa formación biológica, que le llevaron a efectuar interesantes observaciones, como por ejemplo presentar el fenómeno de las mutaciones. Otra figura interesante fué Rojas Clemente, hombre de inquietudes que fueron la causa de trabar amistad con Domingo Badía, el célebre Ali Bey ; siguiendo su ejemplo, Rojas Clemente adoptó el nombre de Mohamed Ben Ali y usó el traje árabe, lo cual fué causa de que por tierras de Andalucía se le conociese con el remoquete de *el Moro sabio*. Sus estudios sobre las plantas cultivadas, como el titulado *Ensayo sobre las variedades de la vid común, que vegetan en Andalucía* y su *Introducción a la criptogamia española* le ponen a muy alto nivel entre los cultivadores de la botánica.

Esta relación sería incompleta si no se citasen los nombres de los Boutelou, Gimbernat, hijo del célebre cirujano, Bolos, Blanco, autor de la *Flora de Filipinas*, Prolongo, Weyler, del que descienden los del mismo apellido tan conocidos, Cutanda, Del Amo y otros.

La zoología española de esta época no tiene la misma brillantez. Sin embargo, no se puede olvidar al joven Eduardo Carreño, muerto antes de los 25 años, de tan vasta cultura que en París fué elegido para redactar algunos de los tomos de las *Suites à Buffon*.

En el siglo XIX, a consecuencia de los acontecimientos políticos nacionales, las ciencias naturales pasan por un período de decadencia en el que sobresalen, sin embargo, algunas figuras como la del ilustre Casiano del Prado, Donato García, Ezquerro del Bayo, Naranjo y Garza, Eotella, Areitio, Vilanova, Ordo. Mallada entre los geólogos. El botánico Colmeiro, Machado, Graells, Martínez y Sáez, Jiménez de la Espada y otros, entre los zoólogos.

Más tarde se inicia un movimiento de ascenso que sabe aprovechar admirablemente Ignacio Bolívar ; con su entusiasmo y tenaz empeño logró en pocos años un resurgimiento de la investigación científica en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y en la Sociedad de Historia Natural. El prestigio alcanzado por estas instituciones, de las que él era alma y aliento, es prueba fehaciente de ello. El comentario de esta etapa y su fin infortunado nos llevaría a plantear temas y problemas que preferimos dejar para otro momento, si hubiese ocasión para ello.

Enrique RIOJA.

WILLY WITKOF-ROCKER

• Viene de la página 13 •

brantado y sabré afrontar el destino como siempre. Uno de dichos amigos, conocedor de las relaciones entre Milly y yo, me escribió esos días : « Habéis vivido uno para otro tan intensamente, que eso no se te podrá quitar ya ». Palabras que siento en lo más profundo.

Al tener que ordenar de nuevo mi vida, Milly me inspirará como si estuviera presente. A lo largo de su vida participó calurosamente en mi trabajo, y, pocas semanas antes de su muerte, cuando tuve oportunidad de volver a escribir algo, me dijo sonriendo : « El tecleto de tu máquina de escribir es música para mis oídos ». Su abnegación infinita me abrió un mundo interior en el que pude elaborar cuanto llevaba en el corazón. Y en este sentido continuaré trabajando.

Puedo decir tranquilamente, sin falsa modestia, que en todo instante me he mantenido en mi puesto, aun sin sentirme nunca héroe ni mártir, conceptos éstos de sabor extraño a mi modo de ser. He soportado sufrimientos porque tenía que hacerlo, no porque los buscara. Soy un hombre como los demás y me avergonzaría de aparecer ante los otros más fuerte de lo que soy realmente. Con ello está dicho todo lo que pue-

de decirse por ahora. Trabajaré, no porque quiera amortiguar así mi dolor, sino porque me será más fácil soportarlo de este modo y, ante todo, porque tengo la firme conciencia de que ese ha sido también el último deseo de Milly.

El gran dolor debe repercutir en el hombre, dirigir sus pensamientos hacia dentro, hacerlo más sensible y filantrópico, para que pueda dignificar lo experimentado y fortalecer su carácter. Donde el dolor del alma destruye nuestra fuerza moral y nos hace de la vida una carga, allí se manifiesta como una fatalidad que consume nuestra fuerza de resistencia y malgasta en lamentaciones inútiles lo que más necesita para enfrentarse con el tirano, que encadena la voluntad y le priva de la ponderación interior. Yo no soy así.

Milly y yo hemos amado la vida, porque nos ha proporcionado mucha felicidad interior, mucha oculta belleza y hermosas perspectivas que nos han compensado de la maldad y de la penuria de los tiempos y han alejado de nuestra puerta la monotonía gris de todos los días. Tal vez tenía Calderón razón al decir que la vida es sueño, porque todo acontecer es transitorio y está sometido a los cambios eternos del tiempo. Pero es el hombre el que da

Un gran poeta italiano

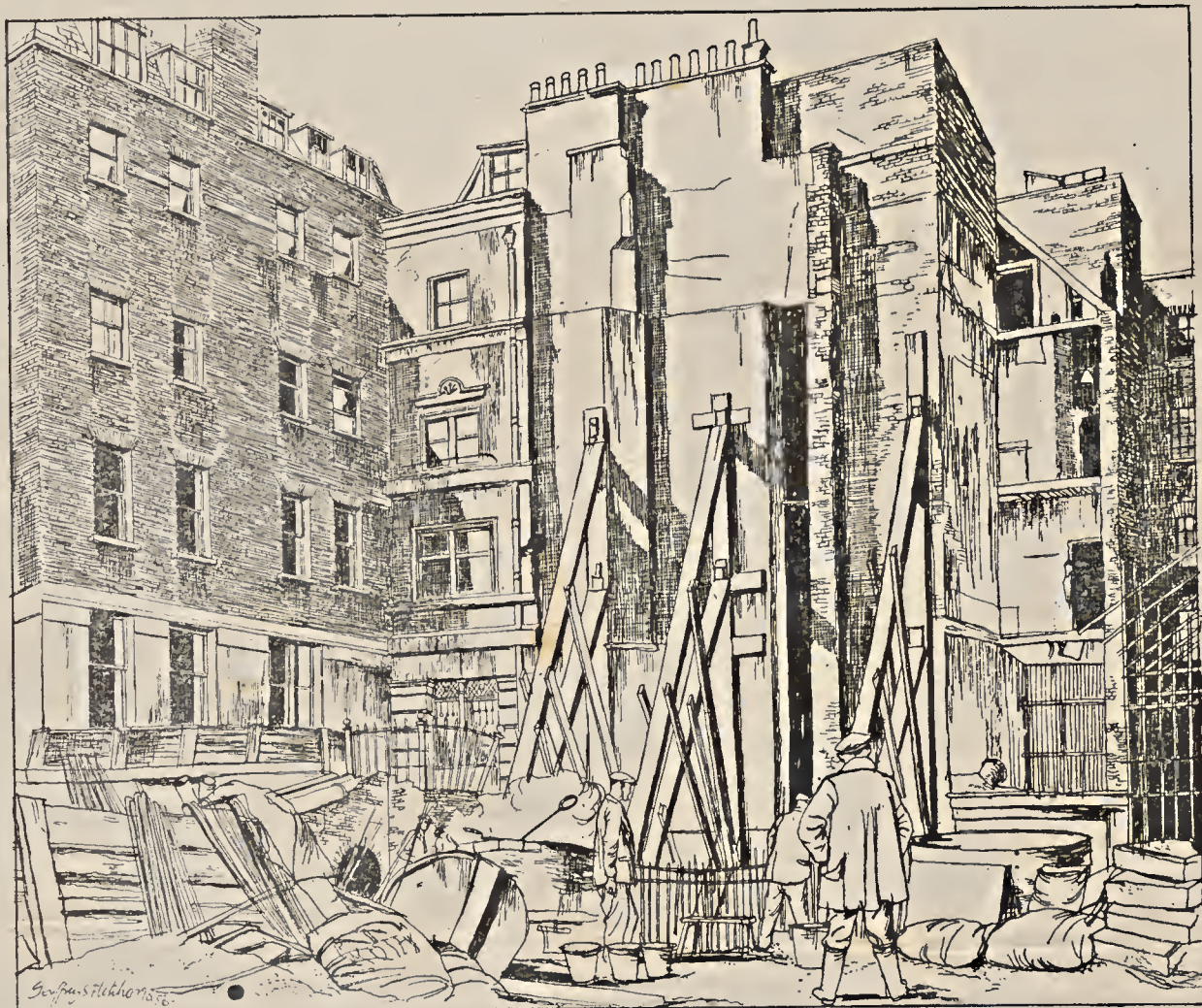
En la primavera de 1940, dos anarquistas españoles sin permiso de trabajo, sin otros medios de vida que un socorro semanal insuficiente para todo, compartíamos un cuarto miserable en cierta calle del Londres que, quizá por aberración estética, fascinó a Sickert y a los pintores del « Grupo de Camden Town », ya que es un Londres fosco y acro, cuya ranciedad hedía cuando estallaban en él los bombazos de la guerra. Irritados por la falta de trabajo, por la obstinada ignorancia del lenguaje, por la sordidez en torno, cualquier cosa nos hacía regañar o enmudecer durante días, y aun así éramos los dos inseparables, como el par de vagabundos « en espera de Godot », que presenta la sátira de Beckett.

Cierto día, en un local de Freedom Press, tuvimos la suerte de conocer a un compañero italiano, más a dos velas que nosotros, que se vino a vivir a nuestra casa — pase el dicho —, donde había libre un cuarto más chico y misero que el nuestro. Giovanni Baldelli, que así se llamaba él, hablaba poco, pero sonreía mucho, y su presencia bastó para calmarnos los nervios. Mas la miseria hace miserables a cuantos no somos santos... Queríamos a Baldelli, que parecía engordar si le llamábamos Juanito; le admirábamos, también, porque, aun siendo algo más joven que nosotros, sabía griego, latín, francés, y encima disimulaba su erudición de poliglota; le hallábamos necesario, porque nos servía de árbitro en todas las discusiones sobre la Guerra Civil; era, en resumen, un placer, tenerle siempre en nuestro cuarto, donde todo podía compartirlo; pero, aun así, la miseria nos forzó a darle un disgusto.



Giovanni Baldelli, deportado a Australia al comienzo de la guerra.

Su aportación a la mesa de los tres era un extracto de vegetales, con sabor de levadura, que él untaba en nuestro pan. Cuando acabábamos de comer el diario enredo de spaghetti, los españoles hablabamos, y el italiano, sonriente, no dejaba de untar, cortar y comer, de modo que a cada postre nos terminaba una hogaza, cuyo precio — cuatro peniques entonces — nos la hacía un artículo de lujo. Aquella voracidad llegó a quitarnos el sueño, tanto de hambre como de preocupación, y un negro día nos cuadraron; más quiso la mala suerte que,



El viejo Londres de la guerra, dibujo de Geoffrey S. Fletcher.

a las dos o tres semanas de decirle que nos respetase el pan o no volviera a nuestro cuarto, entró en la guerra Mussolini, y una mañana, a la seis, llamó en nuestro cuarto la Policía preguntando por Baldelli.

Yo subí a su habitación con los adustos agentes, que a los pocos minutos se le llevaron con todo cuanto tenía: lo que se puso al vestirse, dos o tres chismes de aseo, unos cuadernos y algún libro. Fue inútil decir a la Policía que Baldelli era un probado antifascista, ya que todo italiano en Inglaterra era tenido por « extranjero enemigo » entonces. Se nos dijo que pronto le veríamos, mas lo que pronto supimos fué que el « Arandora Star », barco cargado de italianos, había sido torpedeado a pocas millas de Irlanda.

Con angustia temimos que Baldelli se hallase entre los ahogados, que, en verdad, no fueron pocos; mas, por fortuna para la misma Inglaterra — como luego se verá —, no fué ése el caso. Nuestro amigo, que se encontró en el naufragio, salió de él con vida, y luego fué llevado a Australia, donde pasaría cuatro años entre alambradas de púas, y otro, el final, cortando leña en el bush. De aquello nada supimos durante toda la guerra, ni aun en años después de ella. Pero un día se presentó el buen Baldelli a verme en casa. No era el mismo. Su risueña juventud me pareció muy

lejana, bastante más que la mía. Su rostro, lleno de arrugas, demacrado, pálido, revelaba años de sufrimiento, penuria y meditación. Su atuendo rústico, descuidado, realzaba la austeridad de su rostro. Y entonces supe que tenía cuatro hijos adoptivos, que se había licenciado

del Tribunal Especial que, tras tenerle en la cárcel nueve meses, le dejó en libertad por insuficiencia de pruebas para imponerle condena; y, finalmente, que, siéndole difícil hallar trabajo en Italia por sus antecedentes políticos, en cuanto hizo — no sin riesgo — el ser-

por

J. DE LOSA

hasta dos veces — estudiando solo — en la Universidad de Londres, que enseñaba italiano en la de Southampton...

Pero aún se reservó lo principal de su vida. Siempre fué así, por timidez o modestia. Sólo ahora, apretándole a preguntas, he logrado saber que nació en Milán, de familia acomodada, en 1914; que estudió en un colegio de religiosos y, a los quince años, sintiéndose culpable del privilegio que implicaba pertenecer a su clase, abandonó los estudios para hacerse campesino; que poco después, fichado por los esbirros de Mussolini, se fué a Francia, donde trabajó como peón de albañil y pasó algún tiempo en paro forzoso; que la falta de cédula y de empleo le hizo regresar a Italia en 1932, para allí quedar pronto a disposición

vicio militar logró marcharse a Inglaterra, donde vivió a salto de mata hasta que fué detenido.

Lo que nosotros, sus amigos, no supimos entonces, en 1940, fué que Baldelli empezó a escribir poemas en francés casi tan pronto como entró en Francia teniendo diecisiete años. De los cuarenta o cincuenta que ha guardado, todos inéditos aún, el primero, riquísimo en argot, data de 1931. No son de gran mérito, pero sí fidelísimos espejos de la situación del mundo — desde el punto de vista proletario, y a través de antiparras parisienses — en aquel tercer decenio de nuestro misero siglo, y hoy tienen valor de documentos históricos sumamente evocativos, como entonces tuvieron, varios de ellos, intuición de vaticinio, ya que calaron en la realidad de las cosas con aquel don profético — es decir, revelador — que Jeremías declaró indispensable para los pueblos. Y es curioso notar que, en 1932, sin haber cumplido los dieciocho años, ya escribía, enamorado de la muerte, versos salidos de un extraño desfallecimiento físico:

La plume me tombe des mains
Et la pensée fuit au delà des nues.
Je rêve une nuit sans demain,
Un repos éternel où l'âme toute nue
De toute image, de tout souvenir,
Sombrait sans repentir...

Si; en sus poemas de mocedad, ya tan en serio como ahí, ya entre sarcas-

• Pasa a la página 12 •

SOLIDARIDAD

Redacción y Administración, 24, rue St-Marthe, PARIS (X)

suplemento literario

Tel.: Redacción, BOT. 22-02; Talleres, PRO. 73-16

OBRERA